

¡HOLA, TERRÍCOLA!

LAW SPACE

Nuestra astronave se había posado en Marte.

Habíamos recorrido doce mil millones de kilómetros en la última etapa, sin que nuestros aparatos descubriesen, en la masa de los mundos junto a los que pasábamos la menor chispa de vida.

Ok-alin,
nuestro filósofo, se mostraba profundamente decepcionado.

—No pensaba, francamente, que hubiese tantos mundos en estado de incipiente desarrollo —decía—. Esto parece derrocar mi teoría, en la que se afirma que la vida está en una proporción de tres por mil en el cosmos…



Law Space

¡Hola terrícola!

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 149

ePub r1.0
LDS 02.07.18

Título original: *¡Hola terrícola!*
Law Space, 1959
Cubierta: Manuel Brea
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



A F. Feria, expresando el deseo de que encuentre en este libro las ideas que compartimos.

EL AUTOR.

«*Y Caín huyó con las manos tintas en la sangre de su hermano…*».

¡HOLA, TERRÍCOLA!



Presentación

Sí, no hay más remedio, tengo que presentarme y heme aquí.

Me llamo Okasthilntz; pero ¡por favor!, no se asusten. Porque, después de todo, me he visto obligado para que ustedes puedan pronunciar mi nombre a intercalar algunas «vocales», esos sonidos que no existirían en nuestra lengua… si nuestra lengua existiese.

De todas formas, piensen ustedes que la primera sílaba «Ok» significa, ni más ni menos, que soy varón; «tsh», lejos de ser lo que ustedes llaman «telefonía sin hilos», quiere decir que mi inteligencia es en concreto partículo-universal.

¿Un poco raro, eh?

No se preocupen. A lo largo del relato que sigue comprenderán perfectamente lo que esto significa.

En cuanto a la última sílaba, formada por las cuatro consonantes «lntz», hace patente que mi ciclo vital es el máximo; es decir, que mi vida es de cien «tz», siendo un «tz», aproximadamente, un siglo de ustedes.

Viviré, pues, unos diez mil años.

No, no me envidien.

Ustedes ya tienen bastante con una vida media de unos setenta de sus años. Se han complicado lo suficiente la existencia para que una más larga fuese sencillamente insoportable.

Nosotros, por el contrario…

Pero ¿para qué anticiparse? Ya tendremos ocasión de irnos conociendo y comprenderán ustedes muchas cosas. Y no es, ni muchísimo menos, que yo desee que saquen enseñanzas de nosotros, los akronianos, que, después de todo, somos seres mortales como ustedes… Lo único que nos distingue es una distinta manera de ver las cosas, quizá debido a que nosotros no tenemos

esa angustia del mañana incierto.

¿Hemos merecido esa paz maravillosa?

Me temo que sí. Por eso, precisamente, ustedes han de tener un poquito de paciencia. Ya que, como dice mi amigo
Ok-alin
(¡ya hemos simplificado un poco su larguísimo nombre!), que es el filósofo del relato, les faltan a ustedes unos cien millones de años para salir de la fase «angustiosa» de su ciclo vital.

¡Un poco de paciencia!

Lo importante es relatar nuestras impresiones de viaje, de ese viaje que hicimos al planeta Tierra, en el que, ¡palabra de honor!, nos esperaban muchas más sorpresas de las que imaginábamos.

¡Son ustedes unos «tíos» verdaderamente curiosos!

Y perdonen lo de «tíos», pero es que sus expresiones son extraordinariamente pegadizas y todavía ahora no he podido desprenderme de muchas de ellas.

Todo ello nació cuando uno de sus periodistas se presentó, en el último instante, dispuesto a preguntarnos nuestras impresiones sobre la estancia en la Tierra.

Aquello me dio una idea.

Por eso me puse a «escribir» estas líneas, enviándolas telepáticamente a uno de esos señores que ustedes llaman «autores de novelas de anticipación».

¿Que por qué elegí a Law Space?

Me era igual, pero lo encontré el más raro de todos, el que, en algunas de sus obras, había hollado zonas que parecían pertenecernos. Por eso me dirigí a él.

Aunque hubiese podido enviar el mensaje a cualquier otro.

Hablando con sinceridad, no lo hemos pasado mal del todo. Aunque muchas veces nuestra felicidad no ha dependido en absoluto de la buena voluntad de ustedes.

¡Qué tipos!

Si pudiese reír, como ustedes lo hacen, lo haría con muchísimo gusto; pero esa facultad es en nosotros completamente interna, como casi todas las otras, ya que la expresión ha desaparecido para siempre de nuestros rostros.

Si, amigos míos: son ustedes unos seres la mar de curiosos y tremendamente divertidos. Miente el que hable de «tragedia» en

ustedes.

¿Tragedia?

Puede que ustedes lo consideren así, desde el margen estrechísimo de su dimensión temporal; pero para nosotros, capaces de verlo desde más arriba, la cosa es como para «tronchase».

¡Palabra!

Otra de las cosas que me preocupó cuando acabé de «dictar» a Law Space el contenido de las páginas que siguen, fue el asunto del título. Yo ya sé que ustedes dan muchísima importancia a esas nimiedades. Un alemán me dijo: «Titúlelo “La experiencia supratemporal de los akronianos”»; un inglés me sugirió: «Cómo ven los akronianos el imperio Británico»; un francés: «El amor visto por un akroniano»; un italiano: «Un akroniano en la Vía Appia». Pero fue un español, de Sevilla, el que dio en el quid. Ningún otro título podía ser mejor.

Helo aquí:

«¡Hola, terrícolas!».

CAPÍTULO PRIMERO


uestra astronave se había posado en Marte.

Habíamos recorrido doce mil millones de kilómetros en la última etapa, sin que nuestros aparatos descubriesen, en la masa de los mundos junto a los que pasábamos la menor chispa de vida. Ok-alin, nuestro filósofo, se mostraba profundamente decepcionado.

—No pensaba, francamente, que hubiese tantos mundos en estado de incipiente desarrollo —decía—. Esto parece derrocar mi teoría, en la que se afirma que la vida está en una proporción de tres por mil en el cosmos…

—¿No será que hemos tomado una tangencial abiótica? —inquirió Ok-mad, el físico.

—Es posible —dije—, pero estoy seguro de que no tardaremos

en encontrar vida organizada. ¿Habéis visto el estado de esta estrella, alrededor de la que giran todos estos planetas?

—Sí —repuso Ok-fred, el biólogo—. No hay duda de que en uno de estos mundos encontraremos vida.

Me animé y dije:

—Este viaje no será inútil, amigos míos. Hemos esperado mucho tiempo para hacerlo, pero ya veréis cómo sacamos de él las enseñanzas necesarias para los estudios de cada uno y todos nosotros. Además, sólo acabamos de empezar y esperamos viajar durante mil o dos mil años más. ¡Seguro que el viaje valdrá la pena!

Ok-alin se encogió de hombros. Sobre éstos, su afilada cabeza, de ojos enormes, era extraordinariamente bella, y la luz de sus pupilas demostraba una inteligencia superior a la de todos nosotros.

Él era un sintético-generalizador, capaz de concretar y generalizar al mismo tiempo. De ahí que hubiese elegido la filosofía como campo propicio a sus actividades.

—De todas maneras —dijo—, si encontramos vida será en estado inferior.

—¿Por qué?

Se volvió hacia el biólogo, que le miraba curiosamente.

—Porque el estado de estos mundos indica claramente que la vida, en el que exista, debe estar muy atrasada, sobre todo mentalmente.

—Creo que Ok-alin tiene razón —intervine—. Basta recordar la cadena de los cien planetas de nuestro Sistema, todos ellos desarrollados en cuanto a vida inteligente. Si lo comparamos con este Sistema, en el que ahora no hemos encontrado nada apreciable, es indudable que nuestro amigo filósofo está en lo cierto.

Fue entonces, en aquel momento, cuando la luz roja de avisos se encendió detrás de nosotros.

Corrimos hacia los aparatos y éstos nos dieron, momentos después, datos que nos dejaron verdaderamente sorprendidos.

—¡Vamos al hipertelescopio! —exclamó

Ok-mad.

Nos sentamos ante la pantalla que él mismo manejó, viendo aparecer, momentos más tarde, un mundo que era el que seguía a Marte (este nombre lo supimos después) en el camino hacia el Sol.

Una nube blancuzca, de muchos kilómetros de altura, emergía de uno de los continentes, adquiriendo una clásica forma de «hongo».

Contemplamos aquel espectáculo con los ojos abiertos por el asombro. Un largo silencio mental —ya que no hablábamos, sino que nos comunicábamos telepáticamente— se estableció hasta que Ok-mad lo rompió momentos después.

—¡Una explosión atómica!

—Sí, eso es.

Una nueva pausa.

—Es indudable —dije— que nos encontramos ante el primer mundo habitado de este Sistema. Lo que acabamos de ver nos demuestra, sin ningún género de dudas, que se trata de seres que están estudiando la estructura íntima de la materia.

—Un estado mental de cero coma tres —dijo el biólogo.

—Así es —encadenó el filósofo—. Lo que demuestra lo que yo decía. Seres de inteligencia elemental…

—Pero no tanto como suponíamos —añadí yo—. Cuando han logrado desintegrar el átomo es seguro que poseen una organización social a la altura de sus conocimientos técnicos.

—Eso es natural… e interesante al mismo tiempo. El descubrimiento del átomo debe coincidir con una fase de normalización social y una integración total de razas. ¿No nos ocurría a nosotros lo mismo?

Ok-etas, el sociólogo, nos miró, esperando un asentimiento, que todos le dimos mentalmente.

—Así se facilitará extraordinariamente nuestro trabajo —dije—. Tratando con seres inteligentes nos entenderemos maravillosamente bien.

—Y podremos beneficiarlos con nuestros conocimientos.

—¡Magnífico programa!

Todos estábamos íntimamente contentos, ya que habíamos

temido, durante el principio de aquel viaje de estudios, el encontrarnos con mundos inferiores, en los que nuestra misión sería mucho más difícil.

Además, ¿por qué no decirlo?, empezábamos a aburrirnos y a encontrarnos un poco solos.

El sociólogo, que al mismo tiempo era psicólogo, dejó pasar un rato; después dijo:

—Creo, amigos míos, que interesa empezar a estudiar la manera de presentarnos a esos seres, cuya apariencia física puede ser muy distinta a la nuestra. Es evidente, y eso todos nosotros lo sabemos, que muchas cosas dependen del primer golpe de vista y que hemos de procurar aparecer de una manera tranquilizadora ante los habitantes de ese mundo, evitando desagradables equívocos.

—Ok-etas tiene razón —dije—. Y creo que la mejor manera es utilizar una nave auxiliar y descender en cualquier punto del planeta durante la noche, examinando previamente a sus habitantes, de manera a enjuiciarlos convenientemente. ¿Qué os parece?

—Bien —repuso el filósofo—, pero yo creo que debían ser dos los que fueran en la astronave auxiliar.

—También yo opino así —dijo el físico.

Asentí.

—Perfecto. Ok-etas y yo saldremos en la primera expedición, manteniendo un contacto constante con vosotros, que, con la astronave, podréis girar en una determinada órbita alrededor de ese mundo.

Llegamos prestamente a un acuerdo.

Despegando de aquel árido planeta, desértico en su totalidad, hendimos el espacio, tardando pocos segundos en llegar junto a la Tierra (todavía no sabíamos que ustedes la llamaban así).

Después de crear una órbita para nuestra astronave, el sociólogo y yo nos preparamos para el viaje de exploración, montando en una de las pequeñas naves auxiliares que, momentos más tarde, volaba ya hacia la Tierra, eligiendo la zona nocturna de uno de sus hemisferios.

Estábamos profundamente emocionados.

* * *

Then-li
se movió incómodamente, volviéndose a medias hacia su compañero.

—Hoy no creo que lancen ninguna patrulla.

Sun-ho,
cubierto con su traje neumático y acolchonado de combatiente chino, sonrió, sin dejar de mirar hacia la negrura que tenían ante ellos.

—No te fíes, amigo mío.

—Yo no oigo nada.

—Yo tampoco; pero no debemos fiarnos demasiado. Esos americanos no están tranquilos si no la «arman» cada noche.

Hubo una pausa.

—¿Crees que vamos a ganar esta guerra,
Sun-ho?

El chino miró al coreano.

—¿Quién lo duda? Somos millones y millones de hombres dispuestos a intervenir contra las Naciones Unidas. ¡Corea no será nunca americana!

Then-li
asintió, con la cabeza, pero no dijo nada.

¿Para qué?

Desde que la guerra había estallado se consideraba como uno más de los desdichados que habían perdido su hogar, su familia, sus parientes y amigos, dispersos en mil sentidos diferentes.

Pero la prudencia le ordenaba callar y seguir «la corriente» al chino, cuyo hogar estaba muy lejos y cuyas ideas parecían mucho más sólidas que las de él.

—Hace frío —dijo después de un silencio.

—Bastante —repuso el chino—. Yo soy de una región cálida, no lejos del mar y a la orilla de un gran río.

—Debe de ser un país muy hermoso.

El chino sonrió.

—Hermosísimo. Hay flores casi todo el año y los arrozales dan muchas cosechas.

Then-li
se dio cuenta de que el otro, a pesar de la rigidez insoportable que movía sus palabras cuando hablaba de cosas serias, era, en el fondo,

un hombre como él, que se enternecía con los recuerdos de su lejana tierra.

Fue entonces cuando oyeron un prolongado silbido que venía del cielo.

—¡Ya empiezan esos marranos! —exclamó
Sun-ho.

Se pegaron al suelo mojado y gélido, esperando que el proyectil explotase en las cercanías.

Pero nada ocurrió.

—No ha estallado —dijo el coreano.

—¡Naturalmente! —Había una luz de alegría en los ojos del chino—. Es una granada boicoteada.

¿Y eso qué es?

—¿No lo sabes?

—No.

—¡Vaya educación política que tenéis! No me extraña que casi os echaran a Manchuria. Una granada boicoteada es… quiere decir que los obreros capitalistas están de acuerdo con nosotros y comprenden el sentido de nuestra lucha. Por eso malogran las espoletas para impedir que los proyectiles maten de los nuestros.

—¡Cuánto sabes!

—El pueblo chino ha despertado de la ignorancia en que le tenían sumido los…

—¡Calla!

—¿Qué pasa?

—¿No oyes un ruido por este lado? Es como si alguien se arrastrase…

Guardaron silencio, pero el chino no oyó nada. De todos modos esperaron alertas, pendientes de todo cuanto les rodeaba.

El día empezaba a clarear y pronto fueron visibles los detalles de la línea de fuego, las colinas ocupadas por los americanos y las montañas lejanas, al otro lado.

El chino preguntó:

—¿No fue el miedo quien te hizo oír cosas extrañas, camarada?
Then-li
meneó la cabeza.

—No. Tengo muy buen oído. No olvides que fui pastor y que estoy acostumbrado a estar solo en la noche.

—Pues no hemos visto nada.

—Porque no era ningún hombre.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sí. Debía ser un animal no muy grande: quizás un zorrillo.

—No sé…

Y entonces, cuando menos lo esperaban, apareció ante ellos, a media docena de metros.

Tenía unos cincuenta centímetros de altura —en la posición en que estaba: sentado sobre los cuartos traseros—. Sus grandes ojos miraban a los dos hombres, y sus manos, perfectamente humanas, aunque un poco desproporcionadas, pendían a lo largo de los brazos.

El color de la piel era acaramelado y brillaba como la seda.

—¿Ves como yo tenía razón?

—¡Es verdad! Tienes un oído formidable, camarada… Me gusta estar a tu lado.

Y preparó el fusil.

—¿Qué vas a hacer?

—Matarlo. La piel me gusta y podría llevársela a mi mujer cuando vaya de permiso.

—Creo que es una buena idea.

Sun-ho
fue a echarse el arma a la cara cuando, repentinamente, el animal se acercó a ellos y hablando en chino correcto gritó:

—No dispares,
Sun-ho.
Soy un amigo.

* * *

Me di cuenta de la expresión de asombro que aparecía en el rostro de aquellos dos terrícolas y vi cómo el que iba a alzar el arma la bajaba prestamente.

Había estado parte de la noche junto a ellos, «oyendo» sus pensamientos y su conversación. Por eso conocía sus nombres y sabía muchas cosas de sus mentes, aunque no entendía demasiado.

—¿Has oído lo que yo…? —inquirió el chino.

—Sí… he… oído —balbució.

—No debéis tener miedo alguno —les dije—. Soy un amigo y vengo desde muy lejos.

En la mente del coreano leía algo como «espíritu» o «demonio», pero no lograba concretar el verdadero sentido de aquellos conceptos.

Hubo un largo silencio y las mentes de aquellos hombres trabajaron intensamente.

—Debíamos llevarlo ante el camarada comandante —dijo el chino.

El otro asintió, incapaz de encontrar las palabras que pugnaban por salir de su boca.
Sun-ho
se dirigió a mí.

—¿Quieres venir con nosotros?

Yo tenía ganas de decirle que
Ok-etas
se había quedado en la astronave, no lejos de allí, esperándome; pero me abstuve. La aventura no dejaba de divertirme.

—Está bien —dije.

Y les seguí.

Me movía fácilmente a su alrededor, andando sobre mis cuatro extremidades, contemplándolos con una sincera curiosidad.

Ellos andaban erguidos, apoyándose en sus extremidades inferiores, que llevaban cubiertas con tejidos vegetales y los pies con trozos de tejidos animales que no les pertenecían.

Les observé a conciencia.

Me iba dando cuenta de muchísimas cosas, encontrando excesivamente débiles a aquellas criaturas, que se veían obligadas a cubrirse el cuerpo, ya que su piel, por lo que veía en las manos y el rostro, debía estar completamente desnuda. Además, la marcha bípeda debía ser excesivamente molesta y no debía permitirles grandes velocidades.

Analizando sus ideas, me percaté de que no eran excesivamente ricas, sino estrechamente limitadas a sensaciones y deseos puramente fisiológicos. El terrícola
Then-li
iba pensando en aquellos momentos en la posibilidad de que le

diesen en el Puesto de Mando un tazón de algo caliente y un poco de comida. Sus ideas se mezclaban con recuerdos de seres queridos, entre los que dominaban ciertos deseos animales concretos.

El otro terrícola poseía una mentalidad sensiblemente superior a la de su compañero. Sus ideas estaban amalgamadas con palabras cuyo sentido me era, por el momento, desconocido: «derrota capitalista», «triunfo comunista», «revolución mundial».

Además, casi la totalidad de aquellas ideas estaba enfocada hacia su personalidad y pude «ver» imágenes de triunfo personal. El terrícola se veía colmado de condecoraciones, en una especie de palacio, rodeado de hombres armados y de estandartes rojos.

Intenté, un poco después, entrar en comunicación con
Ok-etas,
pero no me fue posible. La distancia que nos separaba debía de ser ya lo bastante grande para impedirlo, ya que nuestra potencia telepática estaba, naturalmente, limitada.

El Puesto de Mando era, sencillamente, una casa medio en ruinas. Muchos terrícolas estaban allí y me miraron con curiosidad, pero nada sorprendidos.

Un centinela detuvo a mis acompañantes.

—¿Qué queréis?

—Hablar con el camarada comandante.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nada, pero es importante.

—¡Al demonio si os entiendo! Esperad.

Entró y volvió poco después.

—Pasad.

Pero al ver que yo les seguía preguntó:

—¿De quién es este monito? ¿No iréis a hacerle entrar también?

—Sí.

Aproveché aquello para entrar, seguido por el chino, que había hecho frente al centinela con sus palabras.

El terrícola-comandante era una criatura rechoncha, de rostro congestionado, ante el que los otros adoptaron una actitud rígida, llevando la mano derecha a la altura de la cabeza.

—¡A la orden! —exclamó el chino.

—¿Qué hay?
Sun-ho

me señaló.

—Hemos encontrado «esto», camarada comandante.

El otro me miró y leí en su mente una cólera que crecía por momentos.

—¿Y por esta imbecilidad me molestáis?

—Es que nos ha hablado, camarada.

—¿Qué?

Cerró los puños y los dos soldados se estremecieron; enseguida el chino, mirándome, me ordenó:

—¡Habla! ¡El comandante no nos cree!

—¡Fuera de aquí, locos!

Pero entonces intervine.

—No te enfurezcas, terrícola. Es verdad que hablo.

Toda la cólera se evaporó del rostro congestionado del terrícola-comandante, que me miró, palideciendo, con los ojos abiertos, muy abiertos.

—¡No… es… posible!

Evidentemente, su confusión mental era intensa; pero yo me adelanté a sus preguntas, que cruzaban su cerebro vertiginosamente.

—No temas, terrícola-comandante: soy un amigo. Hemos venido de muy lejos, en una nave del espacio, deseando conoceros.

—¿Sois… marcianos?

—¿Qué es eso?

Tardó bastante en dibujar un esquema sobre un papel, pintando el sol y los demás planetas. Señaló, justamente, el que había sido nuestra última etapa.

—No. Venimos de mucho más lejos.

Y señalé el espacio blanco que quedaba más allá de donde él había pintado un puntito, poniendo al lado el nombre «Plutón».

—¿Habéis venido muchos? —inquirió.

—Varios. Todos están en la astronave, fuera de este planeta, al que llamáis Tierra.

Se precipitó al teléfono y llamó, hablando cada vez con gente que parecía ser más y más importante. Luego, cuando, sudoroso, dejó caer el aparato sobre su horquilla, se inclinó ante mí.

—¡Bienvenido al mundo socialista, camarada! Espero que nos harás el favor de entrevistarte con nuestro jefe mundial.

La palabra «Stalin» corría por su mente.

—Sí —repuse, convencido de que había tenido suerte en mi exploración.

CAPÍTULO II



reparaos, muchachos!

Se volvieron todos, mirando el rostro del sargento Mac Millan, sonriente, como siempre, con aquella sonrisa burlona que parecía no abandonarle nunca.

—¿Hay «tomate» a la vista? —inquirió uno de los soldados.

—Poca cosa —replicó el sargento—. Tenemos que coger aquella loma: una simple rectificación de la línea de frente.

—¿Una simple rectificación?

Todos se volvieron hacia Old Simon, el soldado negro del pelotón.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el sargento.

—Que la última «rectificación», como usted la llama, nos tuvo setenta y seis horas de combate.

Hubo risas.

—¿No creerás que has venido a Corea para que te cuenten cuentos de hadas, verdad Old?

El negro se encogió de hombros.

—¡Vaya por la «rectificación»! —exclamó.

—Bien, muchachos. Vamos a salir con cuidado, aunque el observatorio está completamente seguro de que no hay enemigos en esa loma. Una vez estemos instalados allí, nos atrincheraremos… y en paz.

Momentos después, desplegándose, el pelotón se ponía en marcha.

La mañana era fría y Old, más que los otros, tiritaba ostensiblemente.

La loma señalada por el mando estaba delante de las posiciones comunistas y no era muy alta, teniendo la forma de una pequeña meseta, casi completamente pelada, salvo algunos grupos de vegetación escaquetados sobre ella.

No encontraron dificultad alguna en la marcha y ascendieron cuidadosamente por la rígida pendiente que miraba hacia el frente americano.

Old fue el primero en llegar arriba.

Una rápida ojeada pareció demostrarle que no había enemigos allí. Y sonrió; pero, en el mismo momento, vio el objeto brillante posado junto a un árbol de ramas destrozadas.

Se tiro al suelo.

El sargento, que asomaba la cabeza en aquel instante, le imitó, acercándose a rastras.

—¿Hay algo?

—Mire, señor.

Y señaló aquella especie de semiesfera plateada.

—¿Qué demonios podrá ser eso? —se preguntó Mac Millan en voz alta.

—Eso quisiera saber yo. Debe de ser una broma de los comunistas. Acérquese, tóquela y ya verá cómo saltamos todos, loma incluida.

—¿Crees que es una mina?

—De eso tiene el aspecto, señor.

Los otros habían llegado a su altura.

—Esperad, muchachos. Hay algo con lo que no habíamos contado.

—¿Por qué no lo comunica al Mando? —advirtió Old.

—No. A lo mejor no es nada y no quiero hacer el ridículo. Voy a acercarme a ver…

Los ojos del negro se dilataron.

—¡No haga eso, sargento!

Mac Millan no pudo evitar una sonrisa.

—¿Quieres ir en mi puesto, Simon?

El rostro del moreno tomó un tono ceniciento; pero, ante la sorpresa de todos, contestó:

—Sí, sargento. Yo iré.

Y antes de que nadie pudiese evitarlo se arrastró decididamente hacia aquel objeto brillante.

Al llegar allá giró alrededor, buscando afanosamente algún cable que sirviese de cebo para hacerla funcionar. Old conocía de memoria todos los tipos de minas y aquello no se parecía a ninguna.

Contemplaba la semiesfera cuando, repentinamente, una especie de minúscula puerta se abrió, asomándose la cabecita de un gracioso animal, con los ojos de tamaño descomunal.

Pero los ojos del negro se dilataron mucho más al tiempo que sus órbitas saltaban locamente. Después, sin pensarlo más, corrió a una velocidad enorme, dejándose caer junto a sus compañeros.

Tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Qué te ha pasado? —inquirió el sargento.

—No… es… ninguna… mina, señor… ¡Hay un bicho dentro!

—¿Un bicho?

—Sí.

Mac Millan perdió la paciencia.

—¡Vamos! —ordenó.

Se puso en pie y avanzó decididamente, con la metralleta en la mano, seguido por los otros.

Old, que iba el último, seguía castañeando los dientes.

La vista del animalillo, que había salido de la semiesfera, tranquilizó al sargento.

—¿De eso has tenido miedo, Old? —inquirió, volviéndose hacia el negro y sonriendo.

Entonces el animal se irguió sobre sus patas traseras y dijo:

—Soy un amigo.

La sorpresa se apoderó de todos los estadounidenses; pero Mac Millan no era un hombre que se alterase demasiado.

Miró a la criatura.

—¿Has hablado tú?

—Sí.

—¿Quién eres?

—Un amigo. Nuestra astronave está fuera de aquí. Esto no es más que una nave auxiliar.

—¿Cómo sabes inglés?

—No lo sé.

—¿Entonces por qué lo hablas?

—No lo hablo. Envío ideas universales a tu mente.

—No lo entiendo… ¿Eres un ser de fuera del espacio?

—Sí.

Mac Millan se echó el casco hacia atrás, rascándose los cabellos rojizos.

Dijo:

—Tendré que comunicarlo al Mando.

—No he venido solo —dijo el animalillo—. Ok el jefe está por ahí, explorando.

—Bien.

El sargento descolgó la emisora portátil y comunicó con el Mando, logrando establecer contacto con el capitán momentos después.

—¡Hello!

—Aquí el sargento Mac Millan, señor. Desde la loma 236.

—¿Habéis logrado ocuparla?

—Sí, pero ya había alguien.

—¿Chinos?

—No, señor. Un «platillo volante» y una especie de marciano dentro.

—¿Eh? ¿Quiere tomarme el pelo, sargento?

—No, señor. Ni estoy bebido ni intento burlarme de nadie. Estoy diciendo la verdad y puedo demostrarlo, haciendo que este marciano nos acompañe al Puesto de Mando.

Hubo un silencio.

—Bien, Mac Millan. Acepto el reto… Coja a ese… lo que sea y tráigalo para acá; pero si se trata de una broma va a costarle bastante caro, sargento.

—¡A la orden, señor!

Volvió a colgarse en banderola la emisora. Y volviéndose al «bicho»:

—Tendrás que acompañarme al Puesto de Mando.

—Bien. Pero hemos de volver pronto, ya que deseo que mi amigo no crea que he obrado por mi cuenta.

—Éstos se encargarán de avisarle… ¡Old!

—¡A la orden!

—¿Qué tienes en la mano?

El negro intentó esconderlo; pero, cogido «in fraganti», lo mostró con la cabeza baja.

—Es una pata de conejo, señor. Mi talismán.

Mac lanzó una carcajada.

—Perfectamente, soldado Old. Te vas a quedar aquí con los otros… y tu talismán. Cuando llegue el otro marciano le dices que hemos ido al Puesto de Mando y le llevas allí.

—¿Yo… señor?

—¡Tú!

—A la orden.

* * *

—¿Dónde ha cazado eso, Mac?

—Es el marciano, señor…

—¿Eh? ¡Esto va a costarle muy caro, sargento!

Intervino

Ok-etas:

—No tema nada, señor… Soy un amigo.

El capitán se quedó viendo visiones.

—¿Ha hablado… usted?

—No habla, mi capitán… Envía ideas universales a su cerebro.

El otro torció el gesto.

—¿Desde cuándo es usted ventrílocuo, sargento de todos los demonios?

—¿Yo, señor? Voy a salir, si me lo permite. Y usted hablará con «él» a solas.

—Es una buena idea. Vaya a la cocina y diga que me envíen un coñac doble.

—A la orden.

El capitán esperó que el sargento estuviese bastante lejos.

—Veamos, habla ahora.

—¿Qué desea saber?

—¡Demonios encerados! ¡Es verdad!

—El sargento no le ha mentido, señor…

—Ya lo veo… ¿De dónde proceden ustedes?

—De una galaxia lejana. Venimos en son de paz.

—Eso es estupendo…

Ok-etas
leyó en la mente de aquel hombre el deseo de un permiso y «vio» una casita, a orillas de un lago, donde una mujer y dos niños esperaban ansiosamente…

Mac volvió con el café y el coñac y vio en la expresión radiante del capitán que todo había salido bien.

—¡Siéntese, sargento! Y sírvase también una taza y una copa. Comprenderá que la cosa era bastante poco verosímil… ¡Es verdaderamente extraordinario!

—¿Qué haremos, señor?

—Es sencillo. Va usted a acompañar a éste… —Dudó, sonriendo al agregar—: A este señor a Fusán, junto al general en jefe. Yo le telefonearé entretanto. Ya comprenderá la importancia de este descubrimiento.

—Naturalmente.

Ok-etas
los contemplaba, sintiéndose satisfecho al leer en sus cerebros las ideas claras y sinceras que había en ellos.

El capitán seguía pensando en su familia y Mac en una coreana afecta a los servicios sanitarios de Fusán.

El viaje en el helicóptero le demostró que aquellos terrícolas estaban avanzados técnicamente, aunque no llegaba a comprender aún ciertas ideas «malas» que había presentido.

«Defensa de los países libres», «lucha contra la hegemonía comunista», «establecimiento de bases en el mundo occidental».

¿Qué significaba todo aquello?

Desde luego, estaba encantado de aquellas criaturas, encontrándolas torpes, pero amables.

Y le hacía muchísima gracia la forma de andar, sobre sus extremidades posteriores.

El general era un hombre alto, de rostro enérgico y aristocrático. Escuchó las explicaciones del sargento, sin dejar de mirar a Ok-etas; después preguntó:

—¿De dónde vienes ustedes?

—De Akronia.

—¿Dónde está eso?

Había sacado un mapa celeste, y después de una serie de indicaciones el general precisó un punto, con la ayuda de la extraña criatura.

—¡Ah, ya comprendo! Vienen de Alfa del Centauro…

—Para nosotros es Akronia.

—Bien.

Se pasó la mano por la frente.

—Han tenido ustedes una gran suerte al venir a parar entre nosotros, que somos la nación más potente de la Tierra. Nuestra forma de gobierno es la democracia y deseamos que todo el mundo sea libre… Tendrá usted que ir a Washington para entrevistarse con nuestros gobernantes que, sin ningún género de dudas, desearán establecer un tratado con Akronia.

El akroniano vaciló unos instantes.

—Desearía saber dónde se encuentra mi jefe. Salió de exploración y…

—No se preocupe. Ordenaré a mis tropas que lo busquen y se unirá a usted en la capital federal. En cuanto a la astronave, ordenaré que la recojan y que se la envíen a Washington.

Ok-etas, ante tanta amabilidad, no se vio con fuerza de llevar la contraria al terrícola general en jefe.

* * *

Me habían embarcado en una nave, bastante veloz pero ridículamente complicada, que aterrizó muchas horas después en un espacio abierto, junto a una inmensa ciudad cubierta casi totalmente por la nieve.

El terrícola-general que me acompañaba —y que se llamaba Vassilov— señaló la ciudad, momentos antes de aterrizar y con voz

cargada de orgullo dijo:

—¡Moscú! ¡La capital del inmenso mundo socialista!

Yo tenía muchísimas ganas de entender, definitivamente, todas las expresiones que se repetían hasta la saciedad en la mente y la conversación de los terrícolas.

Pero tenía mucho tiempo de saberlo.

Un vehículo, según me dijo Vassilov, blindado, nos esperaba allí, rodeado de motoristas que nos escoltaron hacia una inmensa plaza, en la que destacaba un edificio de estilo complicado y en el que nos adentramos por un portalón que se cerró inmediatamente después de que el vehículo pasase.

El interior del edifico, que más parecía una ciudad dentro de la ciudad, estaba lujosamente amueblado, aunque la severidad de sus líneas me impuso una melancolía irresistible.

Precedido siempre por Vassilov, penetré en un salón ocupado por medio centenar de sillones, todos ellos con su correspondiente terrícola, destacando uno, de anchas espaldas y tremendos bigotes, que ocupaba un sillón aparte, detrás de una imponente mesa de despacho.

Habían colocado en el centro del semicírculo que describían los sillones una mesa con una lujosa alfombra donde, a un gesto de uno de ellos, Vassilov me incorporó, retirándose inmediatamente a una silla vacía que había en uno de los extremos.

Todos me miraban con curiosidad.

Sus mentes estaban preocupadas por muchas cosas, pero, sobre ellas, de una manera absoluta, planeaba el miedo, que se concentraba en el hombre achaparrado y bigotudo.

Le miré.

Su cerebro trabajaba incesantemente y me maravilló la frialdad de los análisis que realizaba. En aquellos momentos, mientras me miraba, me percaté de que intentaba asociarme a sus más íntimos proyectos, pero reservándose siempre la iniciativa.

No había admiración alguna en sus ideas, sino un gélido pensar, un cálculo preciso y concreto.

Hizo un gesto a uno de ellos, muy grueso, el cual se levantó y se acercó a mí.

Leí en su mente su nombre: Malenkov.

—Seas quien seas y vengas de donde vengas —dijo con voz

campanuda—, recibe el saludo y la bienvenida del Presídium de la URSS, a los que se adhiere el camarada Stalin.

Y señaló al de los bigotes.

—Os saludo en nombre de todos los akronianos —dije; es decir, envié a sus mentes—. Estoy contento de haber encontrado vida inteligente en este planeta y espero que mi presencia pueda traducirse en un mensaje de amistad que os llega del otro lado del espacio.

—¿De dónde vienes?

Un hombrecillo acababa de desplegar un inmenso mapa celeste y señaló la situación de la Tierra. Abandonando mi «sitial», cogí el puntero que me tendía y señalé un punto en el mapa.

—Aquí está Akronia.

—Es el Sistema de Alfa del Centauro, camaradas —dijo el hombrecillo.

Volví a mi mesita.

—¿Qué clase de gobierno tenéis? —inquirió el llamado Malenkov.

—Autodeterminativo —repuse.

—¿Qué es eso?

—Nosotros no estamos gobernados por nadie —dije—. Nuestras individualidades son capaces de hacerlo por sí mismas.

—¡Desviación zinovietista-anarquista! —aulló uno de ellos, desde su sillón.

Hubo un silencio.

—¿Quién trabaja en vuestro mundo? —inquirió el gordo.

—Si te refieres al trabajo manual, nadie. La naturaleza akroniana nos suministra todo lo que necesitamos.

—¿Vivís en casas, como nosotros?

—No. La temperatura es clemente y no necesitamos cobijo alguno. Además, como veis, estamos dolados de una piel aislante y mala conductora de la temperatura.

—¿Cómo habéis venido hasta aquí?

—En una astronave.

—¿La habéis fabricado? ¿Tendréis necesidad de laboratorios, de instalaciones?

—No. Todo nuestro material se logra por «psicoconcretismo».

—¿Qué es eso?

—Basta que pensemos en una cosa para, utilizando la energía entrópica del universo, que ésta se concretice.

El de los bigotes hizo un gesto que el gordo entendió perfectamente.

—No podemos creerlo. ¿Quisieras hacer una demostración?

—Sí.

Malenkov sacó una pluma estilográfica —así me dijo que se llamaba— y la colocó junto a mí.

—¿Podías hacer una cosa igual que ésta?

Me hubiese gustado sonreír, pero los akronianos no podemos hacerlo.

Unos pocos segundos de actividad «psíquicoconcretizadora» me bastaron para que una nueva pluma apareciese junto a la primera.

Hubo exclamaciones de estupor y todos tendieron la mano, como si deseasen tocar aquello; pero el gordo lo llevó ante el jefe, que lo examinó detalladamente.

Yo acababa de leer en el cerebro de uno de ellos, el más joven, el deseo de que mi actividad se emplease en la multiplicación de unos granos dorados que él llamaba trigo. Vi imágenes de hambre en amplias zonas y el deseo de aquel joven me complació en extremo.

—Puedo hacer lo que desea Iminiev —dije, comunicándolo a la mente de todos—. Multiplicaré los granos de trigo para obviar ciertas dificultades que veo tenéis.

Nunca hubiese dicho aquello.

Un grupo se lanzó sobre el joven, arrastrándolo fuera. Oí exclamaciones de «enemigo del pueblo», «derrotista»… ¿qué sé yo?

—Agradecemos tus intenciones, pero deseamos que esta maravillosa facultad tuya se aplique al bien y la seguridad del pueblo soviético.

Y leí en su mente el deseo de que multiplicase ciertas máquinas llamadas «bombas H» y «proyectiles teledirigidos».

CAPÍTULO III

l grupo de hombres que recibieron a Ok-etas estaba encabezado por uno, no muy alto, que llevaba una americana cruzada y una corbata de colorines y dibujos atrevidos.

—Me llamo Harry Truman —dijo— y soy el presidente de los Estados Unidos.

El akroniano no tuvo más remedio que estrechar la mano cálida que el terrícola le tendía, teniéndose que alzar para ello.

—Estamos muy honrados —siguió diciendo el presidente— de recibir en Washington al primer ser del espacio que llega a nuestro planeta. Y estamos dispuestos a hacer todo lo necesario para que su estancia sea lo más agradable posible.

Ok-etas se percató, ahondando el cerebro de aquel hombre, recubierto de una serie de preocupaciones complejas, de que sus palabras eran

completamente sinceras.

De todas formas, el akroniano no dejaba de contemplar la vistosa corbata, imaginándose el efecto que haría sobre su cuello. Juzgaba, naturalmente, necia aquella idea suya; pero era algo tan sumamente atractivo.

El presidente debió darse cuenta, porque se la quitó, tendiéndosela al akroniano.

—¿Para qué sirve? —inquirió éste.

El otro pareció intensamente embarazado.

—Verá usted… Es un signo del bien vestir, una costumbre, un adorno que se ha impuesto entre los hombres… ¡Puede quedársela! Y si desea más…

Una divertida luz brilló en los ojos de
Ok-etas.

—No es necesario que se moleste, señor presidente.

Y concentrándose unos instantes, «psicoconcretizó» una idéntica, devolviendo el original a su dueño.

El estupor se pintó en todos los rostros.

Un hombre alto se acercó, inquiriendo:

—¿Cómo lo ha hecho?

—Sencillo. Es uno de los poderes que poseemos los akronianos… Lo llamamos «psicoconcretismo». Basta que pensemos, intensamente, en un objeto conocido para que éste aparezca, creándose a expensas de la «entropía cósmica».

—¡Es fabuloso!

—¡Extraordinario!

El presidente intervino.

—Bueno, señores. No olvidemos que los periodistas nos esperan en el salón de conferencias. Saben algo y están deseando conocer el resto. El mundo ha de saber hoy mismo que los Estados Unidos están dispuestos a firmar un tratado de alianza con el pueblo akroniano, evidentemente demócrata como acaba de demostrárnoslo su representante. De todos modos, desearía que la prensa no conociese, por el momento, la extraordinaria facultad que nuestro aliado acaba de demostrarnos y que, en cierto modo, a mi manera de ver, debía considerarse como un importante secreto.

Todos asintieron y lograron fácilmente la promesa de
Ok-etas

de que no diría nada a «los chicos de la prensa».

Seguidamente pasaron al salón.

Los «*flash*» estallaron y la sonrisa del presidente acompañó a todas las fotos. Míster Truman tenía cogido de la mano al akroniano y lo sentó sobre la mesa de conferencias, sin soltarlo.

—Pueden empezar, señores.

—¿Entiende nuestra lengua?

—Sí.

Todas las miradas se volvieron hacia
Ok-etas.

—¿Es la primera vez que visita la Tierra? —Sí.

—¿No la han sobrevolado otras veces?

—Nunca.

—¿Qué clase de astronave les ha traído? ¿Un platillo? ¿Un cohete?

Intervino el secretario de Estado.

—Pronto podremos mostrarles el aparato, que llegará de un momento a otro a los Estados Unidos.

—¿Dónde aterrizaron?

—En Corea.

—¿Cuántos venían?

Se ensombrecieron los rostros de los representantes, ya que nadie había pensado hasta entonces en preguntarlo.

—Mi jefe Ok venía conmigo.

—Y… ¿dónde está?

—Salió de exploración. Su capitán me dijo que lo buscaría.

Otra vez aparecieron las sonrisas, pero uno de ellos desapareció, saliendo de la sala y corriendo hacia el teléfono.

Era Robert Olmer, del FBI.

* * *

Me habían destinado una soberbia habitación en el Kremlin, pero me molestó saber —cosa fácil para mí— que dos centinelas se paseaban día y noche ante mi puerta.

Un consejo de técnicos de la dietética se presentaron, preguntándome qué clase de alimentos comía.

—Manzanas.

—Requisaremos los mejores ejemplares de los «kolhoses» —dijo uno de ellos.

—No hace falta —dije—. Con que me envíen una de vez en cuando lograré el alimento que me haga falta.

Todos ellos debían haber oído hablar de mi poder «psicoconcrético» y se retiraron sin decir nada más.

Yo empezaba a estar preocupado.

Mi larga ausencia debía preocupar también a mi compañero de viaje; pero, por el momento, me era completamente imposible comunicarme con él, aunque estaba dispuesto a decir a mis anfitriones que me llevasen junto a la astronave auxiliar para tranquilizar al bueno de
Ok-etas.

Fue curioso que aquella misma noche, cuando después de haber comido —me habían traído un cesto de maravillosas manzanas—, me disponía a dormir, que una «idea» llegó hasta mí.

El hombre que la emitía, no debía estar muy lejos.

Los akronianos poseemos la facultad de «captar» ideas a una cierta distancia, aunque desdichadamente no podemos transmitirlas más que de muy cerca.

Reconocí inmediatamente la mente del jovencito que había sido expulsado de la sala de conferencias.

Seguía pensando en el trigo.

Pero, además, sus ideas estaban asociadas a un terror horrible, ya que estaba completamente seguro que iba a ser muerto. Y lo más terrible era que me echaba la culpa, ya que, según él, yo no debía haber dicho nada de las ideas que leí en su mente.

Me acongojó el pensamiento de que aquel terrícola pudiese sufrir por mí y —¡qué horror!— ser muerto por mi culpa.

Tenía que hacer algo.

Incapaz de encontrar descanso, con aquella tensión emocional que me embargaba, me levanté y llamé a la puerta.

Uno de los centinelas asomó la cabeza.

—Llama al camarada Malenkov —le dije.

Cerró y momentos más tarde el propio Malenkov entraba en mi habitación.

—¿Qué deseas, camarada Ok?

—Sé que el joven Iminiev está detenido.

—¿Cómo lo sabes?

—Telepatía.

—¡Ah!

—¿Es verdad?

—Sí. Está en la Lubianska.

—Bien. También sé que vais a matarle. ¿Es verdad?

Mismo asentimiento con la cabeza.

Yo me daba cuenta de lo poco importante que era aquel hombre dentro del enorme país que regía el otro.

—Sólo haré uso de mi «psicoconcretismo» si ese joven es puesto en libertad.

Se quitó el mechón de pelo negro y lacio que le caía sobre la frente, como si desease secarse el sudor que la perlada; después dijo:

—Tendré que hablar con el camarada Stalin.

—Habla con quien quieras, pero deseo que Iminiev sea puesto en libertad cuanto antes.

—Bien.

Salió y tardó cerca de media hora en volver. Sonreía.

Dijo alborozado:

—¡Lo he logrado! ¡Lo he logrado! Sólo que…

—¿Qué?

—El camarada Stalin desea que cumplas con lo prometido antes de ceder en lo que se refiere a la libertad de Iminiev.

Tenía sueño, pero la vida de aquel joven me interesaba mucho. Además, en verdad, estaba intrigado por la clase de trabajo que deseaban que hiciese y, al mismo tiempo, deseaba saber otras muchas cosas, no comprendiendo cómo se atrevían a matar a un hombre por el solo hecho de ver aumentar las cosechas del país.

Un avión especial nos llevó al otro lado de unos montes que me dijeron llamarse Urales. Ciudades de feos edificios rectilíneos, rodeadas por alambradas densas y cargadas de electricidad, se extendían bajo nosotros.

El camarada Malenkov me acompañaba.

Aterrizamos en una pista, siendo inmediatamente rodeados por un grupo de motoristas armados que nos condujeron, una vez tomamos asiento en un coche blindado. Mementos después nos deteníamos ante uno de los edificios.

En el interior, cuerpos plateados, de forma de cohete, ocupaban amplias salas.

—Eso es lo que queremos que reproduzcas, camarada Ok.

—Bien.

Fue entonces cuando una muchacha se acercó a nosotros. Llevaba un objeto brillante en la mano.

—¡Te saludamos nosotros, camaradas de la Fábrica Stalinoskaia! ¡Viva la patria socialista!

Su rostro era muy agradable y me dio la idea, en aquel momento, de penetrar un poquito en su cerebro. La joven estaba pensando en la hora en que podría ver al ingeniero Fumariengo, su prometido…

Hice que colocasen uno de los proyectiles junto a mí; pero antes de proceder a la «psicoconcretización», analicé las ideas de los hombres que me rodeaban.

Y me horroricé.

Casi todos pensaban en lo mismo: en un día, al que no sé por qué llamaban «Día D», en que aquellas máquinas volarían sobre una cosa que denominaban «mundo capitalista», destrozando hermosas ciudades y matando a millones de seres, idénticos a ellos.

Una sola mirada me basto para analizar el contenido de uno de aquellos proyectiles, haciéndome descubrir su funcionamiento. Había una pequeña pieza fundamental, destinada a regir la autonomía del viaje y conservar la dirección de aquella máquina infernal.

Yo no poseía poderes suficientes para destruir aquella importante pieza, pero sí para que en mis «concretizaciones» estuviese alterada, de forma a que jamás pudiesen utilizarla para el fin espantoso al que la tenían destinada.

—El camarada Stalin te ruega que hagas dos mil de éstos. Los obreros irán almacenando los que vayas produciendo…

—Entonces —repuse— ordena que saquen éste ahí afuera. Lo haré todo a un tiempo.

Obedeció y salimos todos al exterior.

Se trataba de un esfuerzo colosal, pero yo ya estaba completamente tranquilo, ya que ninguno de los que yo «concretizase» serviría para malos fines, ya que no explotaría jamás.

Gritos de asombro y de alegría corearon el éxito de mi empresa,

ya que los mil proyectiles se amontonaron ordenadamente en el espacio abierto delante del edificio.

La joven se acercó, entregándome lo que llevaba en la mano: una medalla dorada.

—El Konsomol de la Stalinoskaia te entrega, camarada Ok, la medalla de oro al mejor stahajonovista de los Urales.

Más tarde, cuando comprendí el sentido de aquella palabra, creí merecer la medalla, sin ningún género de dudas.

—Ahora deseo que el joven Iminiev sea puesto inmediatamente en libertad.

Malenkov asintió, precediéndome hacia el vehículo que nos llevó hasta el avión que, poco después, nos devolvía a Moscú.

* * *

El hombre se había abierto paso, sonriente, hacia las habitaciones que, cerca del Capitolio, se habían cedido al akroniano.

Los «M. P.» de guardia le dejaron respetuosamente paso, saludándole.

El hombre, grueso, ventrudo, con una cara imberbe y sonrosada, llevaba un paquete bajo el brazo y no tardó en penetrar en la habitación donde el
Ok-etas
comía una tarta de manzana, confeccionada por la propia cocinera del presidente de los Estados Unidos.

—¡Hello! —saludó el hombre.

El akroniano levantó la cabeza, mirando al hombre con sus grandes ojos.

—¡Hola! —repuso.

—¿Puede concederme unos instantes?

—¿Por qué no?

El hombre se sentó, frente a Ok.

—Nos hemos visto antes —dijo—, cuando el presidente le recibió. Soy el senador Council, representante del Estado de Illinois.

—Bien.

—Verá usted…

Fue desenvolviendo el paquete, que había puesto sobre la mesa,

viéndose obligado a doblar el papel para evitar que cayese sobre la tarta de manzanas.

—Perdone.

—No hay de qué…

Había dentro una caja de la que Council sacó una preciosa maqueta de un automóvil.

—¿Sabe usted qué es esto?

—No.

El senador explicó:

—Un automóvil, salido de la fábrica de mi futuro yerno. Se trata de un vehículo que sirve para trasladarse.

Asintió.

—Ya comprendo.

—Yo le he visto a usted fabricar una corbata, sacándola de la nada.

Le hice observar.

—No, no fue de la nada, sino de la entrópica cósmica.

—¿Podría hacer igual con un coche de éstos, de tamaño natural?

Hubiera querido poder reírse.

—¡Naturalmente!

—¿Qué tardaría, por ejemplo, en «fabricar» cien mil?

—Unos instantes.

Council le miró, con admiración.

Luego explicó:

—Verá usted. Mi futuro yerno pasa por una crisis, de la que es culpable la competencia de las grandes casas fabricantes de automóviles. Si usted quisiese hacerlo…

Ok-etas

preguntó:

—¿Reproducir coches?

—Sí.

—¿Por qué no? Si eso les causa placer, con mucho gusto.

—¡Maravilloso! Veamos… nosotros podríamos darle un equivalente a un millón de dólares en manzanas… ¿Está satisfecho?

—Claro que sí.

Pero, si

Ok-etas

hubiese podido sonreír como los terrícolas, lo hubiera hecho con

toda su alma.

CAPÍTULO IV



l biólogo Ok-fred se movió inquieto.

—Ya hemos dejado pasar un tiempo más que prudencial —dijo.

—Sí —repuso Ok-mad —. Debemos hacer algo para buscar a nuestros dos compañeros. Hasta es posible que les haya ocurrido algo desagradable allá abajo.

—No lo creo; pero de todos modos haremos lo que debemos hacer… Utilizando, claro está, el magnetotropo.

—Eso es. El aparato nos dará la situación de la astronave. Y una vez la hayamos localizado, utilizaremos los «filtros acrosensitivos» para saber dónde se encuentran nuestros amigos.

Uno de ellos puso la astronave en marcha. Ésta salió de la órbita en la que había estado girando hasta entonces, descendiendo en línea helicoidal hacia la Tierra.

No tardaron mucho en recibir las primeras impresiones del magnetotropo, que les señaló la posición de la astronave auxiliar que había utilizado los otros dos.

—Está en ese continente alargado —dijo
Ok-mad,
que seguía el desfilé de la geografía terráquea en la pantalla.

—¿Qué dicen los filtros? —inquirió
Ok-alin,
el filósofo.
Ok-fred
tardó unos instantes en contestar.

—Hay huellas de uno de los nuestros por aquí, no muy lejos de la astronave.

—¿De quién?

—Ok-etas.

—¿Y el jefe?

—No aparece por parte alguna.

—Seguiremos buscando.

La Tierra desfilaba ante ellos, girando dulcemente. Por último,
Ok-fred
lanzó una exclamación de júbilo (naturalmente mental):

—¡Aquí está!

Se acercaron a la pantalla, viendo una gruesa faja de tierra que pasaba ante ellos.

Se preguntó:

—¿Cómo habrán ido a parar a sitios tan distintos?

—Bajemos un poco más.

Lo hicieron y las poderosas lentes les llevó, primeramente, la imagen de una amplia ciudad cruzada por un río; después, al aumentar la potencia de los objetivos, un edificio, especie de castillo, apareció en la pantalla.

—El jefe está ahí.

—Bien. Empezaremos por él.

—¿No os parece mejor esperar a la noche?

La utilización de «pansomnizador» en pleno día puede plantear serios problemas.

—Es verdad.

Se elevaron nuevamente, siguiendo a la ciudad e imprimiendo,

para ello, una velocidad igual a su nave que a la de la rotación del planeta. Estaban al otro lado de las nubes y a más de mil kilómetros de altura, fuera, por lo tanto, de las indiscretas miradas de los terrícolas.

Cuando la noche cayó sobre aquel hemisferio, los akronianos hicieron que la astronave descendiese. Uno de ellos, el físico, manejó hábilmente una especie de potente proyector, poniendo en marcha un motor que zumbó suavemente.

—Ya está —dijo un poco después.

La astronave descendió rápidamente, disminuyendo su velocidad al acercarse al suelo y terminando por posarse en el centro de aquella monumental plaza.

Los akronianos bajaron del aparato.

Algunos terrícolas yacían en el suelo, en curiosas posturas, sobre las aceras de las plazas. Otros, en el interior de los vehículos, todos ellos detenidos, parecían dormir profundamente, entregados a un extraño sueño.

Los OK penetraron en el edificio, pasando junto a los centinelas, también caídos en el suelo. Ok-mad llevaba un pequeño «ultrafiltro» para orientarse.

Finalmente, ya dentro del edificio, recorrieron innúmeros pasillos, llegando a la habitación que ocupaba el jefe, que yacía igualmente en el suelo. Lo cogieron entre dos, sacándolo dulcemente de allí y pasando sobre los centinelas que había en la puerta de la estancia.

Pocos minutos después, la astronave se elevaba hacia el espacio. Cuando estaba a bastante altura,
Ok-fred
desconectó el poderoso reflector.

—Ahora despertarán —dijo— y no se acordarán de nada.
Ok-jefe
despertó también, mirando con sus grandes ojos a los otros…

* * *

Al abrir los ojos, me encontré con la agradable sorpresa de ver los rostros de mis compañeros.

Me incorporé.

—Esperaba vuestra llegada —dije mentalmente—, un tanto ansiosamente.

—¿Te ha ocurrido algo malo? —preguntó muy serio Ok-alin.

—Nada malo; pero todavía tengo la mente confusa… ¡Estos terrícolas!

Entonces me acordé de Ok-etas y pregunté ansiosamente por él.

—Vamos a buscarle ahora mismo. Está al otro lado de este planeta.

Creí lógico ir en busca de mi amigo antes de hablar de nada. Estaba —¿por qué no decirlo?— ansioso por oír lo que Ok-etas pudiese decirnos.

La nave puso rumbo hacia el otro hemisferio en el que se repitió, al llegar a la otra ciudad, la misma maniobra que en Moscú. Y cuando Ok-etas, el sociólogo, estuvo a bordo, la astronave ascendió velozmente hacia las altas capas de la atmósfera terrestre.

Yo miraba a Ok-etas. Y él también me miraba, como si ambos esperásemos quien empezaría a contar sus aventuras; pero antes pregunté:

—¿Qué piensas de los terrícolas, amigo mío?

—Los que yo he conocido —repuso el sociólogo— son unos tipos excelentes, pero tremendamente infantiles. Priva en ellos una especie de objetos, al que llaman dinero, y con el que adquieren cuanto necesitan.

»Tienen que trabajar, ya que no han sabido aprovechar lo que les daba la naturaleza, modificando la suya propia y creando una serie de necesidades artificiales que les complica extraordinariamente la existencia.

Intervine.

—¿Te has dado cuenta en la desnudez de su piel?

—Sí, pero he visto fotos de otros terrícolas, de color negro, que van casi desnudos. Es indudable que si no se hubiesen

acostumbrado a una vida falsa, no necesitarían cubrirse tan exageradamente como lo hacen.

—Ya he comprobado —dije— que se han desviado tremendamente de la trayectoria biológica que les estaba destinada; pero no creo que sea eso lo más importante. Hay en esas criaturas un afán de saber desmedido para la edad de su especie.

»Y no es que sepan, ya que sus conocimientos son todavía elementales hasta lo indecible. Lo verdaderamente curioso es que se afianzan, atenazándose, a la parcial visión que tienen de las cosas, convirtiendo meras hipótesis en credos inconmovibles.

»Yo me di cuenta, cuando me llevaron a esa ciudad que llaman Moscú, de que detrás de todas las mentes latía la preocupación de que yo me diese cuenta de que ellos «poseían la verdad». Ahondando un poco más en sus cerebros, encontré cosas curiosísimas, en las que sustentaban sus creencias y a las que consideraban como cimientos inconmovibles.

»A esa base la llaman «materialismo histórico»…

—Pero ¿se atreven a hablar de historia?

—Sí. Acaban de nacer y ya se toman por seres adultos. Les basta cuatro mil años de vida —menos de la mitad de lo que uno de nosotros vive— para montar, sobre ese endeble andamiaje la explicación de todo, la lógica, como ellos dicen, de sus ideas, de sus teorías, la explicación de cuantos hechos les acontecen.

»Son como niños que tuviesen la audacia de querer saberlo todo.

Ok-etas
me miró.

—Donde yo estuve, en un país llamado los Estados Unidos, todo se basa en la supremacía de lo que ellos llaman «técnica». Están profundamente orgullosos de lo que han conseguido en el campo de la física aplicada y creen que los logros alcanzados constituyen una forma de vida insuperable, definitivamente conseguida.

»Tardé algún tiempo en comprender el sentido estricto de lo que ellos llaman «*standing*» y que viene a ser, para ellos, el *summum* de las comodidades materiales y, para nosotros, la más miserable esclavitud de ser entre las garras de la técnica. Millones y millones de terrícolas viven pendientes de mil cosas que consumen lamentablemente la efímera vida que poseen. Es verdaderamente desconsolador verlos atraídos por nimiedades, guiados por

procedimientos publicitarios y encadenados a procesos insustanciales.

»Obedientes y sumisos, como esos animales que llaman borregos, consumen sus vidas sin trascendencia alguna, piezas de una máquina que les domina sin piedad, reduciéndolos a meras «presencias».

—¿No reflexionan jamás?

—Sí. Hay algunos que lo hacen y que no son más que esbozos de pensadores. Pero lo malo es que se dejan arrastrar por esa pequeñísima experiencia que poseen. Han rebuscado, por todas partes, una explicación que les satisfaga…

—¿Y la han encontrado?

—Eso creen ellos. Cada pueblo y casi cada nación poseen «su verdad», a la que se aferran espasmódicamente, considerando falsa la del vecino. Es curioso que no haya habido terrícola alguno que no se diese cuenta de la locura de esa diversidad de opiniones.

»En vez de ceñirse a la vida, sacando de ella el mayor fruto posible, huyendo de todo lo que esté fuera de ella, limitándose a «vivir», desperdician el corto tiempo de que disponen y se encierran en el estrecho desfiladero de su «manera de ver», volcándose, con todos sus esfuerzos, para conseguir una existencia material mejor, olvidándose de lo más importante: el espíritu.

Asentí con la cabeza.

—Eso es lo que yo he notado también; pero creo que hay que perdonárselo: son demasiado jóvenes y no han llegado aún a la fase verdaderamente positiva del ser. ¿Qué quieres que haga una criatura que apenas vive cien años?

—Es verdad.

—No tendremos más remedio que ayudarles; pero como no podemos hacerlos avanzar en la lenta evolución a la que están sometidos, procuraremos solventar los problemas que les angustian. Y me refiero, naturalmente, a lo que les proporciona eso que ellos llaman «bienestar».

»Me he dado cuenta de que las riquezas están dispersas y de que han creado barreras infranqueables que impiden una distribución más racional. Nosotros, gracias al «psicoconcretismo», podemos aliviar muchos de esos males.

—Pero habría que conocerlos más profundamente.

Asintió.

—Eso no tiene dificultad alguna. Hablaremos con algunos terrícolas, procedentes de hemisferios diferentes, informándonos así de sus verdaderas necesidades. Ya que hemos llegado a este planeta, sería cruel no dejar un buen recuerdo de nuestra estancia.

»Ya sé que en la mente de todos vosotros está el deseo de ayudarles de una manera más positiva, haciéndoles entrever el verdadero sentido de la existencia biológica y espiritual. Pero eso es completamente imposible, ya que sus mentes están aún en un estado muy inferior.

»Por eso creo que, aunque nos repugne un poco, hemos de demostrarles nuestra amistad, complaciendo sus infantiles y alocados deseos, sacándolos de sus dificultades y llevando un poco de tranquilidad material a sus corazones.

Y así lo hicimos.

Después de discutir lo que nos proponíamos realizar, escogimos cuatro puntos de los que íbamos a «coger» un terrícola para conocer los deseos que más les acuciaban.

* * *

El primero se llamaba Shuan-lo.

Tenía el rostro amarillento y los ojos oblicuos. Lo habíamos cogido empleando el «reflector». Por eso, una hora después de su captura, se despertaba en el interior de nuestra astronave, a muchos kilómetros por encima de la Tierra.

Le tranquilizamos, explicándole el motivo de nuestra presencia, nuestro origen y lo que deseábamos hacer con él.

Tuvimos que luchar largo tiempo contra su mentalidad infantil, que se empeñaba en atribuirnos una personalidad sobrenatural, llamándonos genios o demonios.

Cuando conseguimos demostrarle, parcialmente, que éramos seres semejantes a él, aunque biológicamente distintos y en otro estadio de la evolución cósmica, le comunicamos nuestro deseo de complacer las necesidades que considerase más apremiantes para sus semejantes.

Antes, naturalmente, le hicimos una demostración de nuestro poder de «psicoconcretismo», que le maravilló.

—¿Cuál es tu necesidad más importante? —le pregunté.

Me miró largamente antes de contestarme:

—Necesito dinero, mucho dinero.

Moví negativamente la cabeza.

—Ya sé a lo que te refieres —repuse—, pero nosotros consideramos al dinero como un medio de intercambio, sin ningún valor intrínseco. No, amigo mío, necesito conocer tus verdaderas necesidades.

Sonrió.

—Tengo —dijo— unas miserables hectáreas de terreno en el que siembro arroz. El comité de la provincia, en el reparto de tierras, me dio ese trozo de terreno, creyendo que podía satisfacer mis necesidades y hacer de mí, un coolie que era antes, un campesino socialista.

—¿No lo lograron?

—No. Me dieron semilla, pero no pudieron proporcionarme abono y mi cosecha fue miserable. Después, según las leyes creadas, se llevaron el ochenta por ciento, en concepto de recuperación del adelanto económico que me habían hecho, condenándome a utilizar el resto como semilla, sin probabilidad de alimentarme durante el año.

—¿Es ése el problema general?

—Sí.

Miré a mis compañeros.

—Está bien, Shuan-lo: multiplicaremos las cosechas.

—¿Todas?

—¿Por qué no?

—Porque entonces, al haber mucho arroz, bajará el precio y terminará pudriéndose en los silos.

La cosa era mucho más complicada de lo que habíamos imaginado.

—Está bien —cedí—. Por el momento, amigo mío, vamos a hacer que ese veinte por ciento que posees se convierta en un millón de veces más. ¿Estás contento?

Pero no hacía falta que lo dijese: su rostro se había iluminado, como si una potente luz le ardiese dentro.

* * *

El segundo se llamaba Manuel Sánchez.

Era espigado, cetrino de rostro y piel, de cabellos ensortijados e intensamente negros. Ceceaba graciosamente y no se asustó demasiado cuando le aclaramos la situación.

—No nos tomas por demonios, ¿verdad?

—¡Ozú, qué cosa! Uztede sois ezo que llaman marziano, ¿no ez azi?

—En cierto modo, sí.

—Yo ya he leío algo de ezo de lo platiyo volante.

Le hicimos la demostración, como al otro y yo le formulé la pregunta de rigor:

—¿Qué es lo que crees que desean más tus semejantes?

Se quedó pensativo.

—Veréy uztedes —dijo finalmente—. Yo no soy máz que un probe mayoral y mi dezeo sería er de convertirme en un ganadero; pero con una condició…

—¿Cuál?

—Que mi ganao fueze er mejó del mundo. Er amo está metió en ezo de la Genética, que yo no zé lo que é, y no consigue na prático. Yo, que ya he notao los poderes que tenei uztés, me gustaría ezo: una ganaería sin igual en er mundo…

Ahondé en su cerebro, encontrándome con una costumbre curiosa que consistía en matar un animal en presencia de miles de espectadores, en un edificio circular.

—No veo la utilidad de eso que vosotros llamáis «corrida» —le dije, lleno de prevenciones contra su deseo.

Se puso en pie, con un brillo colérico en los ojos:

—¿Qué eztá usté diziendo, compare? Una corría ez argo que no pué compararse a ná…
¿m'en
tiende uzté? ¡A ná!

Y agregó, con un sincero tono de amargura:

—Si uztés no queréis darme lo que pío… ¡puez con Dió! Yo no quiero na má…

Indudablemente, no contábamos con aquella oposición rotunda. Y como nuestro deseo era complacer a modo de ensayo, dijimos:

—Está bien, amigo mío. Haremos que tus toros sean los mejores que los terrícolas han visto jamás.

—¿Los qué?

—Los terrícolas.

—¿Y ezo qué é?

—Vosotros. Les habitantes de la Tierra.

—Bueno… ezo é ya otra coza; pero, de tos mos, a mí me llamáis uztés seviyano y oz entenderé mejó.

* * *

El tercero se llama Marcel Dumoisy.

Iba elegantemente vestido y le sacamos de una ciudad llamada París. Vivía, como pudimos comprobar durante la captura, en una casa linda, cerca de un río, cuyas orillas estaban cuajadas de sauces.

Su nivel mental era superior al de los dos anteriores y comprendió perfectamente nuestros propósitos.

—Agradezco sumamente el haber sido elegido para esta experiencia, pero les aseguro que un aumento de la riqueza general crearía un cúmulo de dificultades internacionales.

—¿Usted cree, pues, que nuestra acción ha de limitarse a procurar bienes particulares?

—En cierto modo, sí; aunque mi petición, como podrán percatarse, está destinada al bienestar general…

Me agradó muchísimo el cariz que tomaba nuestra «conversación».

—Nos gustará complacerle.

—«Merci bien…». Yo soy especialista en Cosmética y poseo unos importantes laboratorios en París. Desde hace cerca de treinta años, estoy luchando por encontrar dos fórmulas que resuelvan sendos graves problemas que harían felices a billones y millones de seres.

Evidentemente, el señor Dumoisy era, hasta el momento, el terrícola más bienhechor con que nos habíamos tropezado.

—¿Cuáles son esos dos problemas? —inquirí.

—Uno de ellos —repuso el francés, mirándome fijamente— es la calvicie.

Tuve que ahondar en su mente para encontrar el significado de aquella misteriosa palabra.

Y me hubiese gustado poder sonreír para hacerlo con todas mis ganas.

—¿Considera usted tan importante ese problema?

Debió adivinar un poco de sorna en mis «palabras».

—Ya comprendo, señor —dijo—, que para ustedes, dada su particular constitución, la calvicie no tenga la menor trascendencia; pero, para el hombre, y para la mujer, aunque en ésta se da mucho menos, se trata, sin exagerar, de algo espantoso, de lo que se derivan tremendos complejos de inferioridad y hasta, como digo en la propaganda de mis productos: «una verdadera desvalorización de la personalidad, bajo todos los puntos de vista».

»¿Cuantos hombres, caballero, fracasan en la vida por no presentar una cabellera normal? Los puestos representativos en las empresas, las artes, los espectáculos… se ven cerrados a hombres que hubiesen podido impulsarlos maravillosamente. A un hombre calvo, amigo mío, le ocurre como a alguien que va indecentemente vestido. La desnudez del cráneo es a veces tan impúdicamente considerada como la de ciertos territorios corporales.

¡Qué bien se expresaba aquel hombre!

—Resolver la calvicie —prosiguió— es algo tan importante o más como borrar otras lacras de la pobre humanidad. Cubra de cabellos las cabezas de los hombres y les proporcionará una felicidad sin precio, una seguridad en sí mismos que les hará colaborar, con una nueva y crecida intensidad, a la labor común.

Me había convencido.

—Está bien. No es, para nosotros, un problema grave. ¿Cuál es el otro?

—El de las arrugas que aparecen en el rostro de la mujer.

Ahí tuve que ceder enseguida, ya que nosotros no hemos llegado a comprender, ni creo que comprenderemos jamás a pesar por la curiosidad y el deseo que sentimos por ello, las relaciones entre terrícolas machos y terrícolas hembras.

Por suerte, nosotros somos víparos y, como nos llamaron después, «animales», lo que limita nuestras actividades genésicas, en una vida de cerca de diez mil años, a un período no superior a los dos.

De todas formas, nuestra tercera experiencia nos satisfizo y proporcionamos al terrícola-cosmético las fórmulas que tanto bien iban a hacer a la humanidad.

CAPÍTULO V



ntes de proseguir nuestras experiencias, nos faltaba una en el plan establecido, celebramos una reunión previa, ya que deseábamos aclarar muchos puntos oscuros.

—¿Qué deducís —pregunté a mis compañeros— de lo que llevamos visto en los tres terrícolas?

Ok-etas,

el psicólogo y sociólogo, fue el primero en romper el silencio —mental— que se hizo después de mi pregunta.

—Para mí, la característica general de los terrícolas es el egoísmo. Todos ellos, tal y como acabamos de ver, desean bienes personales, poder, fama… y, en fin de cuentas, eso que llaman dinero.

»El campesino chino deseaba arroz… para él, el mayoral andaluz una excelente ganadería… para él. Y nuestro querido Dumoisy, fórmulas para «sus» laboratorios y fama mundial… para él.

Ok-alin,

el filósofo, levantó una mano.

—Eso no ha de extrañaros, amigos míos. Es la esencia de una especie, de todas las especies jóvenes del cosmos. Son como niños que despiertan en un mundo desconocido y que desean «poseer», en el sentido más material de esta idea. Además, se han acostumbrado tanto a la idea de propiedad, que tardarán milenios en darse cuenta de que lo que tiene verdadero y único valor está en ellos desde que llegan al mundo.

—Yo estoy de acuerdo con él —dijo Ok-fred, el biólogo—, aunque desde un punto de vista algo distinto. Los terrícolas son seres de vida efímera, expuesta a los avatares de un ambiente que todavía no les es propicio. Padecen enfermedades terribles y su vida está, en todo momento, pendiente de mil causas fortuitas… ¿Cómo queréis que reaccione una criatura en esas condiciones? Se agarran a la vida y a todo lo que significa posibilidad de cómoda supervivencia, con un frenesí perfectamente explicable. Por eso están tan alejados de los verdaderos resortes espirituales; pero ¿puede exigírseles otra forma de conducta?

»Limitados a una efímera e improbable existencia, no están en disposición de tomar otro camino. Tienen el tiempo biológico limitado y no se atreven a perderlo —en su concepto, claro está— en conocer a los demás cuando, en realidad, mueren sin conocerse a sí mismos.

»Más adelante, cuando se den cuenta de que su técnica no sirve, en fin de cuentas, para nada real, cuando supriman los males biológicos, acabando con los enemigos patógenos que les acosan, encontrarán, no lo dudo, el verdadero sendero. Entonces se comprenderán, por encima de fronteras y razas y la «razón de especie» penetrará en ellos, haciendo que se alejen de lo individual para caer en lo «universal».

»Por eso juega la reproducción un papel tan primordial en su vida —hasta tal punto de haber hecho de sexo «una razón única de existencia». Las leyes biológicas que rigen la permanencia y la salvaguardia de la especie los tiene atados, ya que ha de aprovecharse de su corta vida para garantizar la supervivencia.

* * *

Llegamos al acuerdo unánime de que nuestro cuarto «visitante» debía ser un hombre de gran altura mental, conocedor de las necesidades del mundo.

Se llamaba Fred L. Orson.

Era bajito, rechoncho y, en contra de las teorías del terrícola-cosmético, completamente calvo.

Nos escuchó pacientemente mientras fumaba un cigarrillo, cuyo olor nos molestaba intensamente.

Otra cosa que no comprendemos.

—Señores —dijo, cuando terminó de escucharnos—, yo soy miembro permanente en la
U. N. E. S. C. O.,
una importante rama de la Organización de las Naciones Unidas, destinada a estudiar, precisamente, los problemas que tanto parecen interesarles.

»Nosotros conocemos, como nadie, las necesidades de esta pobre humanidad, que tanto ha sufrido desde que apareció sobre la superficie de la Tierra.

»Las cuestiones fundamentales que nos ocupan son precisamente las que corresponden a las necesidades de lo que nosotros llamamos «países cultural y económicamente dediles». ¡Ahí sí que pueden ustedes hacer todo el bien que deseen! Con la seguridad de que serán comprendidos y de que el recuerdo del bienestar que procuren no se olvidara jamás.

—¿Han logrado ustedes, los de la UNESCO, algún resultado positivo?

Me miró, desde detrás de sus gafas montadas al aire, con un brillo intenso en sus miopes ojos azules.

—¡Indiscutiblemente! A pesar de lo extremadamente limitado de nuestros medios, hemos conseguido solucionar no pocos problemas; aunque, naturalmente, son más los que quedan por solucionar. Pero —agregó con un tono irónico que no me gustó demasiado—, nosotros no ponemos sacar las cosas de la entropía cósmica.

Le conté lo que habíamos hecho hasta entonces, a título de ensayo.

Nunca lo hubiese hecho.

—¡Qué enormidad! —exclamó, mirándome por encima de sus lentes—. No han logrado ustedes más que satisfacer los deseos

egocéntricos de tres individuos que, por lo que he oído, no pensaban más que en sus propios intereses mezquinos.

Como se pasó, justamente, la mano por el cráneo pelado, me atreví a decir:

—El terrícola-cosmético podrá solucionar todos los casos de calvicie.

—¡Eso es diferente! —Luego, musitando casi—: ¿Están ustedes seguros de que esa fórmula es buena para «todas» las calvicies?

—Completamente seguros.

—No saben cuánto me alegro. He pasado la vida utilizando todos los procedimientos imaginables para combatir esta desgracia personal —aseveró con firmeza.

Creí —después de demostrada la «poca dosis de egocentrismo» de nuestro interlocutor— que había llegado el momento de oír sus orientaciones.

—¿Qué cree usted que debemos hacer, señor Orson?

—Es sumamente sencillo, dados los poderosos medios de transporte con los que cuentan. Desde mi punto de vista, debían ustedes dividirse en equipos y atender a los países de una manera global, sin escuchar las necesidades concretas de los individuos.

—¿Cuáles son los más necesitados?

—Los asiáticos van en primer lugar, junto a los africanos; después podemos considerar el área árabe y, finalmente, los países europeos, empezando, naturalmente, por los meridionales.

—¿A qué atribuye usted este estado de pobreza?

—A la inigual distribución de las fuentes de riqueza que han sido establecidas por una caprichosa geografía.

—¿No cree usted que esa «caprichosa distribución» es más obra de los humanos que de la naturaleza?

—Es posible, pero no podemos hacer desaparecer, en modo alguno, cuatro milenios de historia.

¡Cuánto me hubiese gustado poder reír a carcajadas!

—Los pueblos —prosiguió diciendo el señor Orson— han demostrado una desigual capacidad formativa, siendo todos ellos aproximadamente iguales en cuanto a su vejez sobre la Tierra respecta. Por ejemplo, a pesar de un desarrollo inicial verdaderamente precoz, el pueblo chino perdió la iniciativa, que pasó definitivamente a manos de los indoeuropeos. Primero Grecia,

después de los balbuceos asirios y la civilización egipcia, luego Roma y finalmente los germanos y anglosajones.

»Ésa ha sido, señores, la causa que ha motivado una distribución desigual de las riquezas naturales…

—No lo comprendo —dije.

—Es sencillo. Los pueblos fuertes, que al mismo tiempo avanzaban en el dominio de la técnica, empezaron a combatirse entre sí, creando así una serie de consecuencias «geopolíticas», que determinaron la ocupación de territorios de ultramar para facilitar la defensa estratégica de los Imperios creados.

—¿Y por qué surgieron esos Imperios?

—Por la aparición de las circunstancias «geoeconómicas». Al avance técnico, el «*standing*» aumentó al mismo ritmo y las necesidades se hicieron mayores. Por desgracia, los pueblos dominantes eran pobres en muchas materias y de ahí nació la aventura colonial.

»Las riquezas y sus fuentes pasaron así, lógicamente, a manos de los hombres que eran capaces de explotarlas y utilizarlas. Es verdad que surgieron guerras y conflictos por la posesión de esas riquezas, pero las cosas se fueron normalizando hasta crearse un «*statu quo*» en el que vivimos actualmente.

Ahondé en su cerebro.

—Los conflictos siguen, señor Orson, a pesar de todo… Lo «geoeconómico» parece privar sobre lo geopolítico. Y, según hemos podido percatarnos, el mundo se divide hoy en dos grandes grupos, que están dispuestos a todos los sacrificios para obtener una hegemonía económica mundial.

—No es ése mi punto de vista, señor —me dijo—, aunque creo que ustedes llevan demasiado poco tiempo aquí para llegar a comprender el sentido de la marcha de la humanidad.

—Es posible.

Hubo una larga pausa.

—Por lo visto —dije, cuando el silencio me pareció insoportable (y como siempre, por mi parte, me refiero al silencio mental)—, nuestra misión aquí, en la Tierra, es facilitar un poco la solución de ciertos problemas…

—Eso es lo mejor.

Me lo dijo sin dudar, sin vacilar… y sin pensar en que, en el

fondo de su mente, su deseo es que hiciésemos el bien y nos fuésemos. Fue aquélla la primera vez que me percaté que empezábamos a molestar.

—Estoy de acuerdo, señor Orson. Mis amigos y yo iremos a esos países, en el orden aproximado en que usted los ha colocado, resolviendo cuantos problemas se nos presenten. ¿Qué le parece?

—¡Excelente!

—Naturalmente, jamás nos interesaremos por los problemas de índole particular.

—Eso espero, si no desean crear conflictos suplementarios.

—Seguiremos su concejo; pero, señor Orson, ¿a quién podremos dirigirnos, en cada país, para tener la seguridad de obrar de la más recta manera?

—A los respectivos ministros de Asuntos Económicos. Ellos son los únicamente capaces de presentarles un cuadro cierto de las necesidades nacionales.

Y así terminó nuestra conversación con el simpático señor Orson.

* * *

Estábamos perplejos.

Pero de todos modos valía la pena llevar a la práctica aquel programa magnífico de «Ayuda Mundial», como lo bautizaron las grandes cadenas periodísticas y las Emisoras de Radio y Televisión.

> «Ahora ya podemos hablar, sin cortapisas, de la presencia en nuestro planeta de seres procedentes de alfa de Centauro… Su especial poder va a ser destinado a un enriquecimiento de los países económicamente débiles…».
>
> «Estamos de suerte».
>
> «Un maravilloso maná nos llega desde más allá del espacio… Los akronianos van a sembrar la abundancia y a resolver los más acuciantes problemas de la humanidad…». «¡La paz garantizada definitivamente!

Una ola de buena voluntad nos ha llegado desde las estrellas».

Pregunté a mis compañeros:

—¿Qué os parece?

Ok-etas,
como los otros, estaba profundamente emocionado.

Dijo:

—Me alegro de que nos hayamos detenido aquí. Va a ser una experiencia notable para cuando visitemos otros mundos, en otros sistemas del Universo.

Le di la razón.

—Es muy hermoso hacer el bien —suspiró
Ok-fred.

Todos gozábamos, por anticipado, de la felicidad que nuestro «psicoconcretismo» iba a proporcionar a millones de terrícolas.

Estábamos contentos.

Y en verdad que ninguno de nosotros llegamos a pensar —¡qué ilusos fuimos!— en que estábamos cayendo en las arteras redes de la publicidad y la propaganda organizadas de aquellos astutos bípedos.

CAPÍTULO VI



uando nuestra astronave se acercó a aquella lejana ciudad, que parecía un cuadrado, miles de banderas flamearon en las manos del gentío que se había lanzado a calles y plazas para vernos pasar. Había sido anunciada nuestra llegada a Pekín, como primera ciudad que visitaríamos. Por ello la encontramos toda engalanada, como en un día de fiesta nacional.

Un grupo de aviones chinos nos escoltaba y nos guió hasta el lugar donde deseaban que aterrizáramos. Así lo hicimos, siendo inmediatamente enfocados —en cuanto abrimos la portezuela— por los tomavistas del cine y los de la Televisión, que transmitía nuestras imágenes al país entero.

La tropa acordonaba el terreno donde acabábamos de posarnos y también por un pasillo de soldados, con bayoneta calada, fuimos conducidos, a pie, a un edificio cercano, en uno de cuyos salones nos esperaba el gobierno en pleno.

Nosotros ya habíamos empezado a entender lo peligroso y

desagradable que para los humanos significaba el tópico de «meterse en política». Íbamos conociendo a los terrícolas y sabíamos ya que sus espíritus, para su desgracia, estarían limitados por muchísimo tiempo a sufrir los desastrosos efectos de aquel sarampión de «lo mío es la verdad».

Por lo tanto, al entrar allí y después de saludar a los que lo hicieron, pregunté en voz alta:

—¿El ministro de Asuntos Económicos, por favor?

Se me adelantó un chinito, no muy alto, con gruesas gafas de montura de concha.

—Soy yo —dijo tendiéndome la mano.

—Ya sabe usted, señor —le dije—, que hemos venido aquí para ayudarles, sin interés alguno, en los problemas que consideren más acuciantes para el país.

Sonrió, frotándose las manos y lanzando una mirada de soslayo a los poderosos personajes del gobierno, que tenía detrás.

Me hubiese costado muy poco saber qué bullía detrás de aquella frente amarillenta, pero estaba demasiado escarmentado y sorprendido de las bajas y egoístas ideas de los terrícolas para complacerme de adentrarme en sus elementales cerebros.

—Hemos estudiado detalladamente la ayuda que desean proporcionar al laborioso pueblo chino… —empezó—. Nosotros, a quien una injusticia mayúscula…

No hubo más remedio que escuchar estoicamente un largo y abrumador discurso; aunque, en realidad, no escuché gran cosa, ya que Ok-etas se dirigió a mí, naturalmente por telepatía.

—¿Te has fijado en su manera de hablar?

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque no he dejado de pensar en ello, desde que los conocí, Es curioso que den más valor a las palabras que a las ideas que expresan. Y no creo estar muy equivocado al decir que en los discursos, lo menos que se escucha son las frases, los conceptos, las ideas. Lo que se oye es el tono de voz, las inflexiones en la ficción del orador. Así, cuando el tono se eleva, hasta adquirir una categoría de grito, el gentío, que no ha comprendido absolutamente nada de lo que se ha dicho, irrumpe en aplausos y aclamaciones.

Eso te demuestra, mi querido
Ok-jefe,
que los terrícolas no escuchan: oyen.

—Es casi natural que así ocurra —repuse—. No hay que olvidar que estas pobres criaturas hablan solamente desde hace unos pocos milenios. Están en la fase «fónica» y les falta mucho para llegar a la puramente «ideativa». La mayor parte de ellos utiliza una cantidad tan pequeña de vocablos, que puede compararse con el lenguaje primitivo de Akronia.

Por fortuna, el oriental terminaba su largo discurso, cuyas últimas palabras, tan intrascendentes como las primeras, escuché, mentalmente, distraído.

—¿Qué es lo que desean, concretamente?

—Ya he expuesto las necesidades del pueblo chino —me dijo algo amoscado.

—Especifíquelas, por favor.

—Bien. Necesitamos abonos, carbón, hierro y petróleo.

—¿Han precisado ya las zonas donde van a situar todo eso?

Habíamos enviado unas someras instrucciones a la ONU, para que comunicase, con cierta antelación, nuestra visita y la necesidad de tener un plan establecido prefijando los sitios donde el «psicoconcretismo» debía actuar.

Me informé de las zonas, sobre un gran mapa del país que ocupaba una pared entera de aquel salón.

Nos dividimos en cuatro grupos, yendo yo con
Ok-mad,
nuestro físico. Cuatro aviones nos esperaban, conduciéndonos a los lugares donde los diligentes de aquel pueblo necesitaban cuanto habían pedido.

Tres horas más tarde, después de haber cumplido las instrucciones de los terrícolas de piel amarillenta, nos alejábamos, vitoreados por una multitud impresionante, hacia el espacio.

* * *

—Creo —dijo
Ok-alin,
el filósofo, una vez fuera de la Tierra— que hemos hecho mucho

bien. ¿Os habéis dado cuenta de la tremenda miseria que reinaba por casi todos los sitios por donde hemos pasado?

—Estoy muy contento —repuse—. He visto rostros envejecidos prematuramente por el hambre y las privaciones. Ahora podrán alimentarse convenientemente y empezar a ser un tanto felices.

Ok-fred

estaba en el otro extremo de la cámara de mandos y nos llamó la atención, ya que parecía contemplar algo que tenía sobre una de las mesas auxiliares.

—¿Qué es eso? —pregunte.

—Un aparato que me regalaron los terrícolas de piel amarillenta. Lo llaman «radio».

—Ya lo sé. Es algo que han inventado para suplir la falta de poderes telepáticos. Con eso, como con la televisión, se comunican, imperfectamente, a distancia.

—Es curioso —opinó el sociólogo— que ese aparato no permita más que la opinión «en un solo sentido». Los terrícolas están tan acostumbrados a ser dirigidos, que no se han dado cuenta de lo pernicioso que puede llegar a ser ese aparato para sus mentes.

—¿Lo crees así?

—Evidentemente. La radio les impide pensar, haciéndolo por ellos, les roba el tiempo, llenándolo de asuntos y cosas completamente insustanciales. Ya sabéis que nuestro progreso ha dependido siempre de la facultad de pensar. Al comunicarnos, como ahora lo hacemos, mentalmente, no hacemos otra cosa que pensar por parejas o grupos; pero ¿qué ocurriría si uno solo de nosotros fuese el que expresase sus ideas y los otros se limitasen a recibirlas?

—Tienes razón.

—Por eso nos hemos dado cuenta del poco desarrollo mental de la mayoría de los terrícolas. Son esencialmente abúlicos en ese respecto y prefieren que les proporcionen las ideas «previamente digeridas».

—En otros tiempos no debió ocurrirles así. —No— repuso

Ok-etas.

—Y aquéllos fueron tiempos en que hubieran podido empezar a pensar por sí mismos. Está claro que los terrícolas sufren de un desarrollo prematuro, demasiado anticipado, de la técnica.

»No están preparados para ello y de ahí se derivan la mayor

parte de los males. Además, ¿no hemos sido nosotros más felices sin una técnica tan desarrollada? Hemos ido creando lo necesario, evitando siempre lo superfluo y dando primacía a la mente en todo el curso de nuestra existencia. Porque ¿qué puede resistir a la potencia increíble de un cerebro, cuando éste se dedica a meditar?
Ok-mad
asintió con un gesto de cabeza.

—Estoy perfectamente de acuerdo contigo,
Ok-etas.
La Técnica no ha hecho más que esclavizar a los terrícolas, impidiéndoles desarrollar su personalidad.

Justamente, en aquel momento,
Ok-fred
había encendido el aparato y una voz, expresándose en el lenguaje de los terrícolas que yo había conocido en Moscú, se dejó oír:

—«… está clara la actitud reaccionaria de los akronianos. Porque ¿qué quiere decir que posean ciertos poderes para justificar una manera de ser que no cuadra, en modo alguno, con nuestras ideas?

»Todos pensábamos que los akronianos iban a proporcionar a nuestra amiga China aquello que necesitaba más urgentemente. Superpoblado de una manera incesante, el gran país comunista de Asia tenía necesidad de alimentos, antes que de otras cosas.

»¿Qué han hecho los akronianos en China?

»La han convertido en una primera potencia en siderurgia y han puesto en marcha miles de pozos de petróleo. Las consecuencias que se derivarán de esta absurda ayuda no tardarán en manifestarse.

»La URSS sacaba generosamente de Bakú todo el petróleo necesario para sus amigos chinos, sacrificando su política de exportación. Por otra parte, nuestro país socialista enviaba millones de toneladas de acero y de maquinaria, procedente de la poderosa industria soviética. Todo esto, naturalmente, se hacía realizando grandes sacrificios y cerrando la salida de nuestras fronteras de todo ese material que, generosamente, se ofrecía a nuestra gran hermana de Asia…
Ok-fred
cerró el aparato y me miró largamente.

Yo estaba tan confuso como él.

—¿Habremos obrado mal? —inquirió
Ok-alin.

—No lo creo; de todas maneras, tendríamos que oír lo que dicen los otros.

No tardó mucho el biólogo en encontrar una emisora americana que, justamente, en aquel momento, comentaba nuestra actuación en el país asiático.

—… y eso nos hace pensar que la generosa ayuda de los akronianos al pueblo chino se traduzca en un progreso sensible para los que hasta ahora han estado expuestos a un cúmulo de ingentes necesidades.

»La tutela soviética dejará de obrar como una espada de Damocles sobre los chinos, y éstos, capaces ahora de valerse por sí mismos, suavizarán indudablemente sus ideas standard, alejándose de las nefastas ideas comunistas.

»Estamos seguros de que la Nueva China, y aplicamos el calificativo a partir de este momento, desposeyéndolo de la significación que hasta ahora se le daba, no tardará en formar parte del concierto de las naciones, mereciendo entonces ingresar en la ONU, junto a los que esperaban que un acontecimiento de este género se produjese.

»La maravillosa acción de nuestros amigos del espacio…
Ok-fred
apagó el aparato y nos quedamos en el delicioso silencio de nuestras mentes.

* * *

Nuestras actividades en África revolucionaron por completo la vida del Continente Negro, colocándolo en la vía de aquel progreso técnico que los terrícolas parecían estimar por encima de todas las cosas.

Pero tuvimos que dejar de oír la radio.

El aparato nos demostró que las opiniones favorables iban decreciendo progresivamente y que tan sólo los pueblos favorecidos cantaban loas en nuestro honor.

En Europa, trabajamos igualmente de firme, proporcionando a los países del Mediterráneo cuantas cosas necesitaban: llenamos sus

mesetas de pozos petrolíferos, incrementamos hasta lo indecible su industria pesada y sacamos del subsuelo las primeras materias de las que, desde siempre, habían faltado.

La tormenta crecía.

Los dos grandes bloques, el americano y el soviético, nos dirigían ataque tras ataque y sus expresiones eran cada vez más virulentas, más intensamente acerbas.

Una sola alegría nos mantenía firmes en nuestros propósitos: la gratitud sincera de aquellos pueblos que, de la nada, se habían convertido en primeras potencias y que trabajaban intensamente con los medios que graciosamente les habíamos proporcionado.

* * *

Nos habíamos reunido, después de terminar nuestra ayuda a los países centrales de Europa y nos encontrábamos bogando por el espacio libre, dejando que la astronave subiese, por sí misma, hacia el Cosmos.

—Si queréis saber mi opinión… —dijo el filósofo.

—Puedes manifestarla.

—Debíamos alejarnos de la Tierra. Hemos hecho, creo yo, lo suficiente para que, cuando se pase la tormenta de controversias, puedan vivir mucho mejor que en el momento en que los conocimos.

—Necesitamos un poco de paz —opinó
Ok-mad
—. La verdad es que no estábamos acostumbrados a tanto trajín. Y yo, con sinceridad, me encuentro un poco cansado.

Todos lo estábamos como él.

—De acuerdo —compendié—. Todavía nos quedan algunos planetas que visitar en este sistema. Nos iremos y regresaremos más tarde. Así podremos comprobar los resultados de nuestra experiencia.

—¡Tengo una idea! —se dijo mentalmente
Ok-etas.

Le miramos, esperando que nos la comunicase.

—¿Por qué no nos llevamos un terrícola con nosotros?

—¿Eh?

—Sí. No os he dicho nada, pero conocí a uno de ellos, cuando estuve en Washington. Y he de confesaros que me divirtió bastante.

—¿Quién era? ¿Qué hacía?

—¡Oh! Era un hombre a quien los otros calificaban como «raro». Se dedicaba a escribir novelas.

Y como ninguno de nosotros hiciese comentario alguno, prosiguió:

—Escribe relatos fantásticos, sobre tiempos venideros: viajes interplanetarios y cósmicos. La gente lee, al parecer con placer esa clase de relatos. Es curioso que haya escrito cosas sobre Akronia, al que ellos llaman Alfa de Centauro.

—Se habrá equivocado en todo…

—Pues eso es lo curioso… Me leyó algunas cosas que me gustaron mucho, ya que, aunque evidentemente erróneo en la mayor parte, su relato demostraba una intuición curiosa. Ya comprenderéis que los conocimientos que los terrícolas poseen sobre nuestro Sistema son de lo más elemental; pero, de todos modos, ese hombre había adivinado ciertas cosas. Como, por ejemplo, nuestro amplio círculo vital, nuestra carencia de técnica y nuestra vida, perfectamente repartida entre lo biológico y lo mental.

—¿Nos trataba bien?

—Sí. Y eso fue precisamente lo que más me gustó de él. Generalmente, como me explicó, los escritores de esa clase de ficción están obligados, casi siempre, a dar a las criaturas del espacio una apariencia monstruosa.

—¿Por qué eso?

—Es la imposición de un público cada vez más ansioso de emociones fuertes, de relatos en los que predomine lo tremendo… Por otra parte, el hombre, que no deja ni un solo momento de considerarse como la criatura más perfecta de la Creación, no puede permitir que los habitantes de otros mundos le sean superiores. He ahí la explicación lógica de ese desfile de horripilantes criaturas en los libros de anticipación científica. —¡No lo encuentro nada divertido!—. Ya me lo imagino. Por eso pasé unos instantes agradables en compañía de aquel terrícola, cuyas ideas sobre los otros mundos eran sinceramente constructivas. No negaban, y eso nosotros lo sabernos mejor que él, la existencia de seres inferiores en mundos cuyo «habitat» no puede dar cobijo a criaturas

superiores. Atmósferas imposibles, condiciones térmicas inconcebibles han producido, como sabemos, seres deformes, esbozos monstruosos de una evolución que busca afanosamente una salida límpida.

»En este mismo planeta, la Tierra, hubo también épocas que dieron la luz a colosales monstruos, cuya desaparición no tardó en llegar, cuando las condiciones de un ambiente regular se fueron imponiendo.

Hubo un silencio.

—¿Y para qué quieres que nos acompañe ese terrícola?

—Para complacerle. Leí en su mente el deseo ardiente de ver algo de lo que estaba obligado a imaginar solamente. Él no me dijo nada, pero yo me distraje ahondando en su cerebro.

—Todo eso está muy bien; pero creo que has olvidado lo más importante.

—¿El qué?

—La duración de nuestra ausencia. Es posible que estemos lejos de la tierra durante uno de nuestros años. Eso quiere decir cien de los terrícolas… Y ya sabes que ninguno de ellos sobrepasa esa edad, salvo excepciones en las que su estado mental no es ya bueno para nada.

—No lo he olvidado; pero creo que el que fallas ahora eres tú, Ok-jefe.

—¿Por qué?

—Porque ya sabes que nuestra espacionave se mueve a una velocidad en la que la temporalidad de los terrícolas queda completamente suspendida. Ese hombre podrá venir con nosotros sin envejecer de un solo día.

—Pero volverá a un mundo en el que no encontrará a ninguno de sus coetáneos.

—¿Y eso qué puede importarle? A él lo que le interesa es ver con sus propios ojos todo lo que ha descrito por intuición.

—¿Es que piensas llevarle a Akronia?

Bajó la mirada.

—No me atrevía a pedírtelo… —musitó.

Mi cerebro se puso a trabajar afanosamente.

Si nosotros habíamos venido a conocer la Tierra, ¿no era lógico que invitásemos a un terrícola a conocer nuestro mundo? Quizá

sacase de su visita las enseñanzas fundamentales que nosotros nos veíamos incapaces de proporcionarles.

—¿Crees que podrá comprendernos? —pregunté al sociólogo.

—No, nunca lo logrará.

—¿Entonces?

—Será suficiente que vea… y piense. ¿Cómo quieres que nos comprenda, si nosotros podemos apenas comprenderlos?

—Es verdad.

—Ese terrícola me fue muy simpático y creo que sacará provechosas enseñanzas del viaje.

—¿Estás seguro de que querrá venir?

—Sí.

—¿A pesar de que vamos a sacarle definitivamente de una época que no volverá a ver jamás?

—Eso es lo que debemos preguntarle.

* * *

El terrícola amigo de Ok-etas vivía en una casita de dos pisos, situada en las afueras de una pequeña ciudad, en medio de una zona de bosques y no lejos de las aguas azules de un lago.

Era un lugar que me gustó extraordinariamente, ya que una paz fantástica emanaba de él, recordándome muchas cosas.

Nuestra espacionave se posó a poca distancia de la casa y Ok-etas corrió, a cuatro patas, hacia la casa, sacándonos una buena ventaja.

Cuando llegamos, nuestro amigo, sentado en un sillón, devoraba glotonamente una manzana. Frente a él estaba el terrícola.

Era un hombre con el rostro curtido por el sol, de cabellos negros, nariz aguileña. Llevaba un bigote negro sobre el labio superior y sus ojos brillaban con intensidad creciente.

—Éste es mi amigo —dijo el sociólogo telepáticamente.

Ahondé en el cerebro del terrícola al tiempo que, siguiendo su inveterada costumbre, estrechaba su mano en la mía.

Su mente estaba llena de ideas curiosas, muchas de ellas dispares, esbozos de opiniones que no se hallaban aún en un estado

concreto. Pero lo que más me gustó fueron sus proyectos para una humanidad futura, sus ideas claras sobre los funestos resultados de una técnica hipertrofiada en una humanidad incipientemente desarrollada desde el punto de vista mental.

Fui derecho al grano.

—Mi amigo desea invitarle a un viaje por nuestro sistema —le dije.

Sus pupilas brillaron entonces con mayor intensidad.

—¡Sería estupendo! —exclamó.

Me di cuenta de que no medía la real dimensión del viaje.

—Tardaremos unos doscientos años en volver a la Tierra.

Me miró.

—¿Seré capaz de vivir tanto?

—Sí. El tiempo dejará de existir por completo para usted.

No vaciló.

—Acepto.

—¿No le apena desligarse de su época, de sus coetáneos?

—En verdad, sí; pero es mayor el deseo de saber lo que habrá hecho la humanidad dentro de dos siglos. Para un escritor de anticipación, ése es el mayor y más fabuloso regalo que puede ofrecérsele.

Decidí aceptarlo.

—Está bien. Puede prepararse.

Sonrió al decir:

—Ya lo estoy.

Entonces fui yo el sorprendido.

Y Law Space, así se llamaba aquel terrícola, cogió unos cuadernos, su pluma estilográfica, diez frascos de tinta y se levantó.

—Cuando ustedes quieran —dijo sencillamente.

CAPÍTULO VII



ara mí[1], la emoción era lo que dominaba todos mis pensamientos. Aún dentro de la espacionave y cuando ésta se elevó hacia el infinito, me costaba creer que lo que estaba ocurriendo formaba parte de la más tangible realidad.

Mi conversación con el akroniano-sociólogo, cuando éste visitó Washington, no duró más de diez minutos, pero yo guardaba de aquel corto espacio de tiempo unos imborrables y emocionantes recuerdos.

Ahora, entre ellos, me estaba siendo dada la magnífica oportunidad de observarlos a placer, tanto tiempo como quisiese y con el detenimiento que me pluguiese.

Todos ellos eran semejantes.

Vistos fríamente, sin idea preconcebida, tenían cierta semejanza a los tarsianos, esos diminutos y graciosos mamíferos, de manos humanas y de ojos tremendamente expresivos. Su piel era de color

canela y, aunque muchas veces se mantenían en posición bípeda, era evidente que su forma normal de marcha era cuadrúpeda. A pesar de eso y de las ridículas pretensiones de Darwin, los akronianos habían desarrollado un cerebro formidable sin que la erección de su cuerpo jugase el primordial papel que el naturalista inglés exigía en sus teorías.

Fui siempre partidario de la evolución, considerando esta idea como una verdad adquirida, pero no tardé en darme cuenta de que, como el resto de las ideas humanas, aquélla era interpretada desde un punto de vista excesivamente antropomórfico y antropocéntrico.

El hombre suele ver las cosas «a su manera» y ése es su mayor «handicap» en la investigación. Yo, dedicado a una labor ingrata, desde cierto punto de vista, había hecho colosales esfuerzos por «deshumanizar» mis ideas, forzándolas a concebir fuera de los estrechos márgenes de mi cerebro de hombre.

Por eso era capaz, en aquellos momentos, de ver en los akronianos algo más que a unos animales.

Yo no comprendía, en absoluto, los poderes que ellos poseían, pero intentaba adentrarme en sus cerebros, a tientas, poco a poco, deseando ardientemente llegar a comprender su manera de funcionar.

Porque, evidentemente, la vida, para ellos, no era más que eso: actividad mental constante. Precisamente lo que el hombre había olvidado, dedicándose a tareas que falsas necesidades habían ido creando, absorbiéndolo por completo.

—¿Tenéis muchas espacionaves como ésta? —pregunté a mi amigo.

—Todas las que necesitamos, pero ni una más.

—No entiendo.

—Ya lo irá comprendiendo, a medida que estudie nuestras costumbres. Nosotros nos limitamos a crear lo estrictamente necesario, lo imprescindible, destruyéndolo después, cuando ya no nos sirve.

—¿Lo… destruyen?

—No es ésa la palabra justa, amigo Space… La verdad es que lo reintegramos a la entropía cósmica.

—Comprendo…

Fue en aquel momento cuando la idea me golpeó la mente.

—Entonces… —dije con un hilo de voz— ¿pueden ustedes destruir todo lo que hicieron un la Tierra, es decir, reintegrarlo a la entropía?

—Sí.

—Deberían hacerlo…

Se asombró.

—¿Por qué?

—No sé expresarme como quisiera; pero ustedes, obrando con buena fe, han creado una serie de conflictos que pueden resultar funestos para la humanidad.

—¿Está usted seguro?

—No del todo, pero…

Me interrumpió.

—No creo que las cosas tengan el carácter pesimista con que usted las ve. La riqueza es siempre riqueza y los hombres sabrán aprovecharla.

—¡Ojalá sea cierto! Pero también es verdad que la riqueza, controlada por unos cuantos, ha sido el motivo vital de cuatro mil años de historia.

—Eso no es más que un segundo en la vida de una raza. Ya se convencerá cuando regresemos… Encontrará una Tierra rica, ordenada, sin miserias, dedicada, en principio, a comprenderse.

No dije nada, pero una gran amargura me inundó el alma.

* * *

No sé cuánto tiempo tardamos en llegar a Akronia. Para mí, el tiempo había dejado de tener esa expresión cotidiana de días y noches. Tal y como yo había descrito en innumerables relatos, el espacio que nos rodeaba estaba eternamente sumido en la noche y las estrellas, soles, tachonaban el cosmos que atravesábamos.

Precisamente, la llegada de una luz intensa, que nos sumió en un luminoso día, fue la prueba inequívoca de que estábamos en la cercanía de las dos estrellas gemelas que forman el grandioso sol del Alfa del Centauro.

Habíamos recorrido una distancia cercana a los cuatro años luz en un tiempo que me pareció excesivamente corto.

Me asomé a uno de los ventanales de la espacionave.

El espectáculo no podía ser más grandioso.

La masa doble y cegadora de las dos estrellas iluminaba una amplia porción de espacio en la que eran claramente visibles medio centenar de planetas, escalonados, los unos tras los otros, de una manera semejante a los de nuestro Sistema.

Una mano se posó en mi hombro.

—¿Le gusta?

—¡Es magnífico!

Estoy seguro de que Ok-etas, que era el que estaba a mi lado, hubiese sido feliz si hubiera podido sonreír; pero dijo:

—Para nosotros, a pesar de todo, es emocionante volver aquí.

—¿Qué planeta habitan?

—Todos.

—¿Hay muchos akronianos?

—Unos mil millones.

—¡Es muy poco!

—Ya lo sé. Fuimos muchos más en las primeras épocas de nuestra aparición. Toda especie joven lucha desesperadamente por su supervivencia; pero, cuando la primacía mental de la inteligencia se impone, la limitación de los individuos es una consecuencia natural.

—¿No cree usted que, lógicamente, debía ser lo contrario?

—¿Por qué?

—Porque una vez desaparecidas las trabas y los peligros, la especie debe dar más seres que en los momentos difíciles.

—Se equivoca. Las leyes biológicas están muy por encima de nuestros particulares intereses. Y el número de seres que da a luz una especie está en razón directa de la viabilidad de sus criaturas. A mayores peligros, a más masivas destrucciones, más natalidad.

—Tiene usted razón.

—La raza akroniana ha llegado a uno de los momentos más interesantes de su existencia: la de la perduración individual. Lo colectivo ha dejado de ser primordial para nosotros.

—¿No viven en sociedad?

—No.

Le miré con asombro.

Él tardó en contestar; pero, cuando lo hizo, había cambiado de conversación.

—Nos estamos acercando a Etos.

—¿Qué es?

—Nuestro planeta preferido. Nosotros, los akronianos, vagamos de un mundo a otro, a nuestro capricho. Somos, como ustedes dicen, trashumantes.

—¿Y la familia?

—Hace muchísimo tiempo que dejamos atrás ese estado de la evolución.

—¿Han prescindido de ella?

Otra vez guardó silencio, variando de idea al volver a comunicarse conmigo.

—Venga. Vamos a aterrizar en Etos.

La atmósfera de aquel planeta era perfectamente respirable y no tuve necesidad, tal y como ocurre a los personajes de mis novelas, de vestir un estrafalario traje del espacio.

Una vez fuera, contemplé las enormes extensiones de bosques, de altísimos árboles, que nos rodeaban casi por completo.

—He aquí nuestras ciudades —dijo Ok-etas.

Avanzamos todos hacia allá.

Algunos akronianos se habían acercado a nosotros y me contemplaban con curiosidad. Yo estaba seguro de que las mentes de mis compañeros les estaban instruyendo sobre mi origen, mi procedencia y el motivo de mi presencia allí.

Pero, desgraciadamente, un silencio completo, a no ser por el agradable rumor de las hojas de los árboles, mecidas por la brisa, me rodeaba por completo.

Seguimos un camino y pude ver que el número de akronianos crecía rápidamente, hasta formar una multitud inmensa, que nos rodeaba, precediéndonos o siguiéndonos.

No noté, hasta más tarde, que Ok-etas había desaparecido. Así, al verle, repentinamente en un claro del bosque, me llevé la doble sorpresa de encontrarle y de contemplar, al mismo tiempo… ¡una exacta reproducción de mi casa!

—He pensado —dijo— que necesitaría todo esto.

—¿Cómo ha podido acordarse de todos los detalles?

—Es fácil —fue su lacónica respuesta.

Penetré en la casa, maravillándome a cada paso al comprobar que todo lo que había en la mía estaba allí. Y me sentí tremendamente ridículo al haber traído conmigo los cuadernos que pensaba llenar con todo lo que viese en Akronia.

Mi máquina de escribir estaba allí, así como mi reserva de papel y mi extensa biblioteca. Todo.

Al pensar en que debía pasar dos siglos en aquella estancia, una especie de indefinible congoja me sumió en una tristeza intensa.

Ok-etas,

que me había seguido, debió leer aquello en mi mente.

—No debe entristecerse —dijo—. El tiempo no tiene importancia para usted si sabe llenarlo convenientemente. Y ya procuraremos que lo haga.

* * *

Ok-etas

se convirtió en mi guía, puesto que perdí de vista a todos los demás.

A partir del día siguiente, mi excelente amigo me hizo recorrer la totalidad del planeta Etos, sirviéndonos de un vehículo que «psicoconcretizaba» cada vez que lo necesitábamos, haciéndolo desaparecer cuando regresábamos a «mi casa».

Primeramente me llevó a un bosque especial, solamente habitado por akronianos hembra (¿pódennos decir akronianas? Creo que sí).

Las akronianas vivían completamente separadas de los varones. Su vida era diametralmente distinta y mi amigo me dio la lógica explicación de todo aquello.

—He observado en la Tierra —dijo— que muchas hembras están dispuestas a realizar un ciclo vital como el de los machos. En los Estados Unidos, país que conozco mejor que los otros, pude percatarme de una cierta «igualdad de sexos», que no dejó de divertirme.

¿Lo encuentra improcedente?

—En ustedes, no.

—¿Qué quiere decir?

—Que en ustedes, todos esos problemas son naturales. Hasta que un día descubran el papel de la «mujer» en la vida. La hembra es un ser inteligente, pero especialmente dispuesto para ciertas funciones en las que debe sublimarse. Eso no quiere decir, ni mucho menos, que su misión mental se vea disminuida por una idea demasiado biológica de su existencia.

—Apenas le comprendo.

—Ya sé. Fíjese en lo que ocurre con nosotros. Todas las akronianas viven aparte, alejadas de nosotros, dedicadas completamente a la elucubración mental. Ellas, mientras tanto, se ocupan de los pequeños, instruyéndolos y preparándolos para el futuro. Su labor es de la más importante, demostrando el alto nivel mental que poseen. Solamente que se han dado cuenta de su «formula mental» responde a una trayectoria universal singular, en tanto que la nuestra es singular-universal.

—Creo comprender —repuse—. Ustedes son sintéticos y ellas son analíticas.

—Eso es. Nunca podremos llegar donde ellas alcanzan, como tampoco ellas pueden medrar en nuestro campo. La armonía es completa.

—¡Si le oyesen las feministas de la Tierra!

—No se enfadarían, porque yo les daría la razón.

—¿Eh?

—Es natural. Ustedes, esclavos aún del espíritu de clan, hundidos, a pesar de sus adelantos técnicos, en un primitivismo completo, siguen considerando a la mujer como un ser destinado exclusivamente a la maternidad y al cuidado de la «gruta», en tanto ustedes salen de caza… Esa estrecha idea no podía por menos de provocar una reacción lógica en el cerebro de las mujeres, con el único error de no haber sabido reclamar su puesto en la sociedad humana.

»Pero todo vendrá. No hay que olvidar que la mujer es tan inteligente como el hombre, pero que su mente está hecha para una misión completamente distinta, diametralmente opuesta.

—Es curioso.

—Las akronianas lo han comprendido perfectamente y viven su mundo, haciendo posible el nuestro. Sin ellas, sin su preciosa colaboración, nuestros hijos no llegarían jamás a la altura que los

akronianos hemos alcanzado.

—¿No hay idea de familia… de hijos?

—No, no puede haberla. No olvide usted, amigo Space, que nosotros, por fortuna, somos ovíparos, a pesar de nuestro aspecto de mamíferos. Un huevo no será nunca lo que un hijo para ustedes. El ciclo vital de una criatura terrícola presupone unos cuidados y un celo que no pueden darse, por el momento, más que en el seno de la familia, tal y como la conciben ustedes.

—Nunca podremos ser iguales… —suspiré con pena.

—¿Y quién lo desea? Lo que en nosotros puede parecer perfecto, no ha de ser, en modo alguno, aplicable a ustedes, seres que, indudablemente, en cuanto a lo biológico, son superiores a nosotros.

»Pero el quid no está en eso, amigo mío. La esencia reside en la primacía del espíritu sobre la materia. Ninguna importancia tienen los detalles, sino el fondo, la esencia, como dije antes.

»Ustedes, los terrícolas, están en un atolladero tremendo. Por un lado, gracias a su inteligencia matemática, han logrado desarrollar, en una colosal hipertrofia, el campo de las ciencias aplicadas, rodeándose de una serie de «inventos» que en ningún modo pueden servir para el desarrollo del espíritu.

—¡Pero ofrecen ciertas comodidades indudables!

—De orden biológico. Ustedes confunden «comodidad» con «vida», creyendo que la una está íntimamente supeditada a la otra. Y esto sólo es posible si se considera el lado puramente biológico del asunto. Pero ¿de qué sirven la mayor parte de los inventos terrícolas?

—Hay algunos de indudable valor, de positivo interés…

—Diga uno.

—Los libros.

—Bien. Ya sabía que iba usted a citarme ese ejemplo. Los libros, en efecto, están destinados a comunicar la cultura a los seres. Por desgracia, ustedes carecen de nuestros poderes mentales y se ven obligados a «estudiar» para poder recordar, ya que carecen de una memoria propiamente dicha.

—¿Ustedes la poseen?

—Evidentemente. Y la explicación no puede ser más sencilla. Nosotros «pensamos siempre», recorriendo la totalidad de nuestros

conocimientos constantemente. Ustedes, ocupados en mil cosas distintas, que ocupan gran parte de su memoria, han de esforzarse, cuando se detienen a pensar, en recordar cosas que no utilizan a menudo.

—Eso es verdad.

—Y respecto a los libros, ¿cuántos hay que estén verdaderamente destinados a abrir la luz al espíritu? La mayor parte de ellos no hacen más que los otros inventos «universales», radio o televisión, distraer; es decir, robar un precioso tiempo del ya excesivamente corto que disponen ustedes.

Me avergoncé y él, leyendo mis pensamientos, dijo:

—No debe condolerse así, amigo Space. Usted no es más que un minúsculo tornillo en esa tremenda maquinaria que los terrícolas han forjado. Además, el escritor suele inquietarse y eso es lo verdaderamente útil para el espíritu del que lo lee. Basta que en un libro haya un par de ideas sinceras, repletas de esa inquietud maravillosa que palpita en la mente, para que sirva de algo positivo.

Me consolé.

—Gracias.

—Ya sabe que el gran error humano está en esa fatídica palabra, tan en boga entre ustedes, llamada «distracción». Pasar el tiempo, dicen los hombres. Y no se dan cuenta de que el tiempo es la vida y que ésta se les ha dado para algo cierto.

Capítulo VIII



e siento muy viejo.

Sin embargo, desde hace algún tiempo —¿cuánto?, jamás lo sabré—, no hago más que mirarme en el espejo y comprobar la tersura de mi piel, el color negro de mis cabellos y las mismas arrugas que tenía cuando salí de la Tierra.

A pesar de todo, han pasado doscientos años terrestres.

¿Es posible?

Si no fuese por la intensa actividad cerebral que ahora me ocupa totalmente y por el inmenso cúmulo de recuerdos que hay en mi mente, diría que todo esto no ha sido más que un sueño de escritor desquiciado.

Pero ese envejecimiento del que he hablado antes es la prueba inequívoca de que llevo aquí dos siglos y que, a pesar de haber intentado engañar a mi cuerpo, éste manifiesta su protesta proporcionándome esa sensación viva de longevidad.

Ok-etas

me ha dicho que me prepare, ya que hemos de regresar a la Tierra.

¿Estoy tan contento como debía estarlo?

No lo sé.

Hay ideas contrarias, adversas, que luchan en mi conciencia con el deseo de darme una explicación lógica de mi estado de ánimo.

Pero no lo logran.

Por un lado, a pesar de todas las críticas constructivas —¡cuánto eufemismo en esta palabra!— de los akronianos, una alegría inmensa me poseía al pensar en que iba a regresar a mi viejo y querido planeta.

Pero, por otro lado, la idea de volver a un mundo extraño, con el que nada me podía ligar ya, me sumía en una tristeza tremenda.

Había aprendido mucho y muy bueno.

Lo mejor de todo había sido el llegar a discriminar lo que, conseguido por los akronianos, podía sernos nocivo a nosotros los hombres. Porque, indudablemente, había muchas cosas que no llegarían jamás a «cuajar» en la Tierra.

También había llegado a la conclusión de que éramos dos especies distintas y que nuestros destinos no podían ser, en modo alguno, iguales ni parecidos. Sin embargo, los akronianos me habían demostrado que la línea a seguir llevaba exclusivamente por el camino del espíritu y que todo lo demás no era más que «distracción», «pérdida lamentable de algo irreversible como el tiempo».

Lo curioso era que casi ningún akroniano se había acercado a mí en todo aquel largo lapso de tiempo. Salvo
Ok-etas,
que era el que había estado más tiempo a mi lado, acompañándome a todas partes, sólo
Ok-jefe
vino a verme media docena de veces para enterarse si iba bien o necesitaba algo.

Pero
Ok-etas
lo había solucionado todo.

Naturalmente, mi máquina de escribir llegó a convertirse en un objeto inservible, incapaz de escribir una palabra más. Mi amigo el sociólogo hizo, en varias ocasiones, prueba de su

«psicoconcretismo», proporcionándome máquinas nuevas con las que pude seguir trabajando.

También el papel se me agotó muchas veces y Ok-etas lo solucionó de la misma manera.

¿Que cuánto pude escribir en aquellos doscientos años?

No puedo evitar una sonrisa.

Porque, en el fondo, estoy completamente seguro de que ningún editor terrícola —¡perdonen esta expresión que ha debido pegárseme de mis amigos!— querrá publicar jamás esa habitación en la que los papeles llegan hasta el techo.

No, amigos míos: ya es bastante esa vida que Dios nos ha dado, sin necesidad de prolongarla más. Porque nunca podrán imaginarse lo que el cerebro del hombre puede llegar a concebir, ni lo que su mano puede escribir en dos siglos de trabajo incesante.

He escrito de todo: novelas, cuentos, tratados de mil cosas distintas, memorias —varios volúmenes— y —me sonrojo al decirlo— un libro de filosofía cósmica.

¿Qué iba a hacer?

Tenía tiempo, tiempo, tiempo… y tiempo, hasta donde nadie puede concebir. Nada venía a distraerme y si bien es verdad que he releído mi biblioteca una buena docena de veces, ninguna emisora, ningún diario, ningún programa de televisión ha venido a comunicarme la tensión en el Próximo Oriente o el atentado contra un rey árabe.

En eso, sin duda alguna, los akronianos tienen toda la razón.

* * *

Aquella mañana Ok-etas llegó ante mi casa, acompañado de Ok-jefe.

—¿Dispuesto, amigo Law?

—Sí.

—Vamos a irnos inmediatamente. Pero esta vez seremos tres solamente los que vayamos.

—¿Y los otros?

—Piensan sobre lo que hicimos en el otro viaje.

—Bien.

Les hice entrar a mi casa y les mostré lo que había escrito.

—Desearía llevármelo a la Tierra —dije.

Estoy seguro de que sonrieron «in mente».

—No veo ninguna dificultad —repuso Ok-jefe —. Lo que no comprendo es que no haya podido llevarse todo eso en la memoria.

—Casi me lo sé —repuse—, pero es mejor así, como está. Nosotros, los hombres, estamos enamorados de la letra impresa.

—De acuerdo.

Mientras Ok-jefe «psicoconcretizaba» una espacionave, a la puerta de mi casa, Ok-etas me ayudó a trasladar mis trabajos al aparato, al que el otro había dotado de una cámara perfectamente calculada para contenerlos.

—¿Vamos?

—Sí.

Me detuve un momento, echando una ojeada a cuanto me rodeaba y que había vivido durante doscientos años. Sin poderlo evitar, se humedecieron ligeramente mis párpados. Ok-etas se acercó a mi casa, plantándose ante ella y haciéndola desaparecer momentos después.

Se me encogió el corazón, pero no dije nada.

Momentos después, la espacionave se elevaba, alejándose de aquel doble sol que había curtido mi piel durante tanto tiempo. El sistema se fue alejando hasta que, nuevamente, la eterna noche del espacio nos envolvió por completo.

* * *

Yan se rascó la herida del brazo.

El brujo le había golpeado cuando intentó apoderarse de una de las cosas que Thzú tenía en su choza, una de aquellas maravillas que tanto le hubiese gustado poseer.

Recordaba que hacía mucho tiempo, cuando su madre estaba con el brujo, Thzú le dejaba corretear libremente por entre aquellos tesoros y hasta le había enseñado a convertir los puntitos dibujados en sonidos que se convertían en palabras.

Pero, por encima de todo aquello, aunque le gustase leer silabeando, Yan deseaba contemplar los dibujos de colores que contenían los libros y ante los que amaba pasar horas y horas, completamente solo, saciándose de todo aquello, sin fatigarse jamás.

Yan había intentado penetrar en la choza del brujo y éste le había golpeado con un pincho, hiriéndole en el brazo.

Le molestaba la herida.

Desde que la madre de Yan había muerto y su cuerpo fue quemado en una noche estrellada, Thzú lo había ignorado por completo, olvidándose de que era su propio hijo y tratándole como a cualquier otro individuo de la tribu.

¿Por qué entonces le había dejado, de pequeño, ver aquellas maravillas?

Yan no lo comprendía y continuó rascándose la herida, considerándose el más desdichado de todos.

Se sabía de carácter huraño y no gustaba de salir de caza con sus compañeros de edad, prefiriendo hacerlo solo; bien es verdad que casi nunca atrapaba nada importante, ya que se pasaba las horas junto a algún arroyo, pensando en mil cosas que no comprendía.

—No, no quiero hacerlo —se dijo con vehemencia.

Pero casi al mismo tiempo tuvo la clara intuición de que lo haría, ya que le era imposible pasarse de aquellas cosas de Thzú y que éste había traído de la montaña donde estaba el «Pueblo Maldito».

Al pensar en aquel lugar, Yan se estremeció.

Si al menos hubiese conocido la fórmula de aquella pasta que Thzú se daba en el cuerpo cuando iba al «Pueblo Maldito». Todo el mundo sabía que sólo los brujos, con sus ungüentos mágicos, eran capaces de ir a aquel lugar, del que ningún ser normal volvería.

Poco sabía Yan de aquel fabuloso sitio, pero se lo imaginaba repleto de maravillas, con la suma facilidad de no tener más que cogerlas y huir, lo más rápidamente posible, antes de que los «espíritus descarnadores» se apoderasen de él.

¡Si no les hubiese tenido tanto miedo!

Pero había oído hablar demasiado de ellos y se estremecía cada vez que imaginaba que podía encontrárselos en aquel lugar donde sólo Thzú era capaz de ir… y volver.

Se decía que los «descarnadores» habían arrancado la carne de cuajo a los que osaron acercarse al «Pueblo Maldito». Y aunque Yan no los había conocido, se hablaba aún de varios hombres de la tribu, a quienes se les caía la carne después de volver de ella. También se contaba que los hijos de aquellos hombres habían sido monstruos y que el antecesor de Thzú se había visto obligado a matarlos para que no devorasen a sus semejantes.

—Tengo que ir.

Luchaba desesperadamente contra aquella idea, que le poseía cada vez con más intensidad. Pero las nebulosas imágenes que creaba su fértil imaginación eran un obstáculo infranqueable, ante el que su decisión vacilaba siempre.

No obstante, el ansia de poseer aquellas cosas le incitaba siempre, haciéndole ver las cosas desde un punto de vista sencillo, realizable, como si intentase demostrarle que los sortilegios de Thzú no eran más que mentiras para ser él sólo quien se aprovechase de aquellos inestimables tesoros.

¿Y si fuese verdad?

Cuando vivía en la choza del mago, Yan había visto muchas veces los tinglados falsos que Thzú montaba para imponer su autoridad a los demás, engañándoles de una manera estúpida; pero aunque jamás había contado nada de aquello a nadie, Yan establecía una notable diferencia entre las artimañas del mago y la realidad palpable del «Pueblo Maldito».

La herida dejó de dolerle, seguramente por obra de los rayos del sol a los que expuso el brazo y Yan abandonó la atención que había prestado a su miembro, entornando los ojos para poder pensar mejor.

—¿Y si Thla…? —musitó entre dientes.

Thla era la única persona de la tribu en la que podía confiarse plenamente. Todo el mundo estaba seguro de que llegaría a ser su mujer y así era, en efecto, no esperando Yan más que la llegada de la nueva luna, fecha en la que el propio hechicero ofrecería a la diosa de la noche la celebración del matrimonio entre los dos

jóvenes.

—¿Y si Thla…?

La idea iba tomando cuerpo en su mente hasta que llego a un estado de madurez que abolió las cortapisas que ponía su miedo. Así, levantándose alegremente, abandonó aquel lugar soleado, se adentró en el bosque y encaminó sus pasos hacia la choza de la muchacha.

Justo al llegar vio a la madre de Thla junto a la puerta, moliendo grano sobre una piedra pulimentada. Su marido estaba en el campo, arrancando el trigo, ayudado por sus dos hijos varones.

Yan buscó a la muchacha con la mirada.

No tardó en descubrirla al otro lado del montón de leña, ordeñando una cabra escuálida que el padre deseaba dar a Yan el día en que éste se casase con su hija.

Contorneando silenciosamente la casa y el montón de leña, el joven llegó cerca de la muchacha.

—¡Thla! —llamó suavemente.

Ella levantó la cabeza, sonriendo al ver que se trataba de Yan. Era joven y hermosa y sus cabellos rubios le llegaban muy por debajo de la cintura.

Él se acercó, inclinado, de forma a que la vieja no le viese, llevándose el índice a los labios para rogar a la joven que guardase silencio.

Una vez junto a ella, Yan acarició los largos cabellos, mirándola amorosamente.

—Quiero hablarte, Thla.

Ella no contestó, animándole, sin embargo, al hacer permanecer la sonrisa en sus labios.

—Voy a ir a «Kunhz».

Así llamaban al «Pueblo Maldito».

Ella abrió desmesuradamente los ojos y sus manos dejaron de acariciar y frotar las ubres del animal.

—Voy a ir —insistió él.

—¡No puede ser, Yan! Sabes que está prohibido.

—Sí, ya lo sé. Pero también sé otras cosas.

—¿Qué?

—Que Thzú nos engaña y que no hay ningún peligro en ir allá.

—¡No lo creo!

—Pues puedes creerlo, Thla… Ya sabes que yo he vivido en la choza del brujo y que…

Dudó y ella completó la frase.

—Sí, y que es tu padre.

No le gustaba mucho que le recordasen el parentesco con aquel hombre raro y autoritario.

—Está bien —dijo—. Yo sé que él miente en todo. Le he visto poner sangre dentro de las aves muertas cuando deseaba que los auspicios fueran prósperos. Así está seguro que la familia que los quiere le harán muchos regalos.

—¿Es verdad eso, Yan?

—Verdad. —Y después de una pausa—: Por eso estoy seguro de que la grasa con que se unta para ir a «Kunhz» no sirve más que para asustarnos e impedir que nosotros visitemos aquellos lugares.

Ella pareció convencida, pero objetó:

—¿Para qué quieres ir allá, Yan?

Los ojos del joven brillaron intensamente.

—¡Hay muchos tesoros, Thla! ¡Muchas maravillas! ¿No sabes que… mi padre posee una cosa con la que tus ojos adquieren la potencia de los de un águila, haciéndote ver cosas que están tan lejos que ahora no las distingues?

—¿Es posible?

—Sí. Y hay otras muchas maravillas. Todas ellas son útiles para la caza y para la vida. Pero Thzú desea guardarlas para él solo, sin hacerlas servir nunca.

—No comprendo por qué lo hace.

—Porque todas esas cosas son «magia» para nosotros, Thla… Pero cuando yo las tenga, cuando diga a los hombres de la tribu que «Kunhz» es un mito y que todo el mundo puede ir allá y que todos posean esas cosas útiles… Thzú tendrá que huir si no quiere que lo maten.

—¡Es tu padre, Yan!

—¿Y eso qué? Tú no sabes nada, Thla… Él hizo sufrir a mi madre, le dio pócimas para, según él, sacar los malos espíritus de su mente… ¡Hasta quiso matarme a mí, diciéndole que no era el hijo que esperaba!

—¡Qué horror!

—Eso te demostrará que todo el poder del mago es falso. Y que

no habrá nada que me detenga en mis propósitos.

Hubo una larga pausa; después preguntó:

—¿Quieres venir conmigo, Thla?

Ella dudó, entornando sus hermosos y grandes ojos azules.

—Sí, Yan… iré contigo.

Él apoyó la cabeza sobre el regazo de la joven, sintiendo la caricia del sedoso cabello sobre el rostro.

Se sentía inmensamente feliz y fuerte, como jamás había sido.

Tenía decidido su plan.

—Iremos esta noche —dijo sin la menor vacilación en la voz.

La muchacha asintió en silencio.

* * *

No había, tal y como esperaban, ninguna montaña, sino un inmenso montón de piedras de curiosas formas, entre las que salían hierros retorcidos.

Se detuvieron, cogidos de la mano, mirándolo todo con asombro.

La luz de la luna prestaba equívocas siluetas a las cosas, desmesurándolas y dándoles aspectos fantasmagóricos. Pero Yan reprimió el miedo que sentía, tirando enérgicamente de la mano de su compañera y avanzando con decisión hacia un estrecho y desigual pasillo que se abría entre las ruinas.

No tardaron mucho en descubrir el primer esqueleto.

Thla se apretó contra el joven, sintiendo que el pánico la ganaba; pero, poco después, cuando Yan se agachó para coger el primer libro, el temor desapareció de su corazón, sintiéndose presa en la misma gozosa emoción que brotaba del joven.

—Nos quedaremos aquí un par de días —dijo él—. He traído provisiones y así podremos coger muchísimas cosas y esconder otras.

CAPÍTULO IX


e me llenaron los ojos de lágrimas al ver aparecer en el espacio aquella esfera azulada que era la Tierra.

—¿Estás emocionado, eh?

Era el simpático
Ok-etas,
que estaba a mi lado y que había colocado como de costumbre su mano sobre mi hombro.

No dije nada y él prosiguió:

—Es natural. Pero no debes preocuparte, Law. A pesar de que el mundo haya cambiado bastante, pronto te acostumbrarás a él.

—Eso espero.
Ok-jefe,
que guiaba el aparato, lo hizo penetrar en la atmósfera, perdiendo altura velozmente.

Las nubes nos envolvían por completo, pero yo no podía

separarme del ojo de buey, deseando ansiosamente poder echar mi primera ojeada al mundo en el que había nacido.

Al penetrar en la zona iluminada pude ver la forma alargada del hemisferio occidental, con la anchurosa dimensión de América del Norte, el encaracolado dibujo de América Central, excavada por el golfo de Méjico, y la masa tremenda de las tierras brasileñas, adelgazándose progresivamente hasta el Cabo de Hornos.

¡América!

Todo era igual.

Me parecía mentira tenerla allí, abajo, idéntica a lo que había sido siempre. Y entonces sentí la ridícula dimensión de mi ausencia, ya que dos siglos para la Tierra no eran más que una millonésima de segundo para nosotros.

—Deseo aterrizar en los Estados Unidos —dije.

—Bien. ¿En qué parte?

—Me es igual.

—¿Washington?

—Sí. Creo que es lo mejor. Antes que nada deseo presentarme a las autoridades de mi país.

—¡Van a llevarse una gran sorpresa!

Sonreí.

La espacionave iba perdiendo altura progresivamente y muy pronto pudimos observar los detalles geográficos con una gran precisión. Un poco más tarde, atravesando un sistema de nubes bajas, sobrevolábamos el Departamento Federal.

Pero…

Ninguna ciudad se ofrecía a nuestra vista, ninguna carretera, ninguna vía férrea. Y el cielo estaba limpio de aviones… ¡Yo que esperaba verlos a cientos, a miles!

—¿Qué ha pasado, Dios mío?

Los dos akronianos miraban también, llenos de estupor, a mi lado.

—¡Vayamos a Nueva York! —ordené.

Ok-jefe

hizo que la nave tomase aquella dirección.

Pero cuando momentos después sobrevolábamos la península de Manhattan nada vimos que recordase la ciudad; sólo un informe montón de escombros, una monstruosa montaña de desechos que

explicaba de una manera clarísima lo que había ocurrido.

—La guerra —dije.

—Pero ¿por qué? —inquirió Ok-etas.

—No lo sé.

Hubo una larga y penosa pausa.

—¿Dónde vamos ahora? —inquirió Ok-jefe.

Me encogí de hombros.

Nada me importaba ya.

—Vamos a California, a San Francisco —dije, pensando que me gustaría ver mi país.

La ciudad estaba completamente destruida, como todas las demás. Y cuando sobrevolamos la zona donde había estado mi casita solo un espeso bosque, casi una selva salvaje, fue visible. Ok-jefe hizo que la espacionave descendiese aún más. Y así fue cómo vi, con el corazón atravesado por la emoción, aquella pareja humana que miraba con espanto la aparición de la astronave sobre ellos.

—¡Pasemos de largo! —grité—. Aterrizaremos en el otro lado de ese montón de escombros.

Ok-jefe obedeció.

Cuando la nave se posó, me volví hacia ellos.

—Esperadme aquí, amigos míos. No tardaré mucho.

—Bien.

Me alejé con el corazón lleno de gozo, ya que la visión de aquellos dos seres humanos había alejado de mí el temor de que la especie humana hubiese desaparecido de la faz de la Tierra después del horrible conflicto que debía haber estallado.

Corrí, saltando sobre los escombros, hasta que vi a la pareja, que estaban recogiendo cosas del suelo.

Temí asustarles.

Disminuí el ímpetu de mi avance.

Los contemplaba como si hubiesen sido mis propios hijos, encontrados después de haberlos considerado irremisiblemente perdidos. Los veía hermosos, jóvenes, sin tara alguna, descendientes de una raza que, a pesar de sus tremendos horrores, no podía

desaparecer, de ningún modo, del concierto vital del espacio.

Acercándome lentamente hacia ellos, llegué muy cerca, sin poder contener mi intensa emoción.

Ella me vio primero.

Al sonreirla, vi que el temor desaparecía de sus hermosos ojos y que golpeaba suavemente el hombro de su compañero, que parecía absorto en la contemplación de un objeto que había en el suelo.

La reacción del joven fue un poco más violenta, echando mano al arco que tenía al lado. Ella retuvo los fuertes brazos del hombre que, convencido de mis buenas intenciones, me sonrió a su vez.

Me acerqué definitivamente a ellos.

—¿Quién eres? —inquirió él.

La sorpresa me dejó con la boca abierta, ya que el joven se expresaba en un inglés en el que lo extraño era solamente un tono áspero, gutural, pero que no dificultaba en modo alguno la dicción.

—Un hombre como tú.

—¿No eres un mago?

Leí la sospecha en sus ojos y aquello me agradó.

—No. Ya te he dicho que soy un hombre como tú… un poco más viejo —agregué, seguro de que él no podría captar la irónica verdad que ocultaban mis palabras.

—Me alegra que no seas ningún mago —dijo.

Y me contó lo que para él era una grandiosa aventura.

Yo miré la ciudad, comprendiendo que la «leyenda» no era más que la verdad y que durante muchos años la radiactividad debía haber hecho mucho daño a los atrevidos que se acercaron a aquel montón de ruinas.

Tenía algo en la mano.

—¿Qué has encontrado? —pregunté.

Me señaló el objeto y estuve a punto de sonreír al ver que se trataba de un pequeño microscopio.

—¿Sabes para qué sirve? —preguntó.

—Sí.

Cogí una minúscula piedrecita y la coloqué en la platina, disponiendo después el objetivo e invitándole a que mirase por el tubo.

Lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Mira tú, Thla! Es como aquel aparato del brujo, con el que se

ven las cosas más grandes.

Y volviéndose a mí:

—Tú eres un hombre sabio. ¿Quieres suceder a nuestro brujo?

Sonreí.

—No. Yo quiero solamente ser vuestro amigo. Vivir junto a vosotros. Pero no deseo ser hechicero, ya que la brujería es sólo mentira.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo sabes?

—No olvides que soy más viejo que tú.

Sonrió a su vez.

—Bien. Vendrás con nosotros. Pero hemos de buscar otras cosas.

—Os ayudaré.

Había olvidado totalmente a los akronianos; pero cuando, un poco más tarde, descubrí una carpeta de cuero repleta de periódicos cuya fecha era la de mi marcha de la Tierra y algunas después, me di cuenta de todo.

—Esperadme aquí —dije.

—¿Volverás?

Les sonreí.

—Muy pronto.

Me fue un poco difícil encontrar el camino que me conducía junto a la astronave. Cuando llegué allí, los dos akronianos estaban sentados en el suelo, pensando.

Ok-etas

se alegró al verme.

—¿Qué hay de nuevo?

Les tendí la carpeta.

—Puedes leerlo tú —me dijo

Ok-jefe.

Obedecí.

LA SITUACIÓN MUNDIAL SE HACE INSOSTENIBLE. SURGIDAS DE LA NADA, GRACIAS A LA NEFASTA ACCIÓN DE LOS AKRONIANOS, LAS NUEVAS POTENCIAS LUCHAN DESESPERADAMENTE PARA CONQUISTAR MERCADOS QUE LES PERMITAN EL DESARROLLO QUE SE LES HA DADO.

> Los Mercados se Hallan Abarrotados y la Mercancía se Desprecia en Todas Partes. Grandes Sectores Laborales Cesan de Trabajar Cada día…

Y en otro periódico:

> Los Preparativos Militares se Hacen Extensivos a Todo el Orbe. Nadie es Capaz ya de Detener la Marcha de lo que, Indudablemente, ha de Desembocar en una Horrible Guerra Mundial. Superabastecidos, los Pueblos han Dejado de Sentir el Estímulo del Trabajo y las Revueltas se Producen en Todas Partes.
>
> Esto es lo que nos Dieron los Akronianos: al Romper el Equilibrio Económico Mundial, nos Precipitaron a Este Caos, Cuya Única Salida es la Guerra.

No hizo falta leer más.

Los dos akronianos me miraban con horror, como si no pudiesen dar crédito a lo que acababan de «percibir».

—Era fatal, amigos míos —les dije—. El mundo no estaba preparado para una abundancia de todo. Es posible que subsanando mil anormalidades se hubiese conseguido llevar la felicidad a todos… o casi todos. Pero el proporcionar una riqueza sin límites a las gentes les hace volverse ociosas, todo se detiene y la máquina vital no busca, desesperada, más que su propia destrucción.

—Pero… ¿por qué?

—Ya lo has visto,

Ok-etas…

Los hombres trabajan para procurarse lo necesario. Verdad es que lo hacían en pésimas condiciones y que el reparto geográfico de las riquezas, la falta de coordinación sincera internacional y la existencia de barreras estúpidamente levantadas, hacía penar mucho a las criaturas humanas. Pero ¿no era necesario esperar?

»Vosotros mismos dijisteis que el hombre no estaba a la altura del desarrollo técnico que había logrado… ¡y no hicisteis más que

incrementarlo hasta lo imposible!

—Es verdad.

—Hubieran sido necesarios mil años para que el hombre pudiese estar a la altura de lo que vosotros le proporcionasteis en una semana. Sin problemas, sin angustias, la criatura se volvió contra sí mismo, no estando preparada para enfrentarse con su Yo.

»El hombre era demasiado joven y le gustaba, como vosotros dijisteis muy bien, complicarse la vida, llenar su preciosa existencia de nimiedades, considerar la fatuidad, el orgullo, el egoísmo como los más importantes motores de su razón de ser.

—¡Hemos fracasado!

—Sí, pero a pesar de vuestro aparatoso fracaso, hay que considerar que ningún móvil perverso os guió. Queríais hacer bien a una especie y os entregasteis de corazón a ella.

—¡Hemos destruido la humanidad!

—No. Aunque estuvisteis a punto de hacerlo… Pero yo acabo de estar junto a la nueva humanidad y un gran gozo me ha penetrado en el alma… ¡porque el tiempo está ante ellos para que construyan algo positivamente nuevo!

Ok-jefe
preguntó:

—¿Podemos ayudarles?

Sonreí tristemente.

—No, amigos míos. Es mejor que les dejéis solos. Que sigan la senda que les ha sido trazada. Es muy posible que esta humanidad, por lo poco que he visto de ella, se de cuenta de que el espíritu debe privar en todo y de que sólo hay un camino para llegar.

—Podíamos «psicoconcretizar» lo que tú desees… —insistió Ok-jefe.

—Gracias. Verdaderamente, no deseamos nada…

—¿Qué quieres decir? ¿Vas a quedarte aquí?

—¡Sí!

—¡Pero si son seres primitivos! Apenas un poco más que animales…

Se mordió los labios.

—Perdona —dijo.

—No hay nada que perdonar. Mi puesto está aquí, amigos míos… con mis semejantes.

—¿Y qué harás entre ellos?

—Lo posible para orientarlos bien. No sé si lo lograré, porque es muy difícil, pero pondré todo mi empeño en ello.

—Está bien.

Me estrecharon la mano y subieron a la astronave; pero cuando iban a cerrar la compuerta, dijo:

—¡Tus manuscritos, Law!

Volví a sonreír.

—Hazlos regresar a la entropía,
Ok-etas…
De allí vinieron y allí deben volver.

La espacionave empezó a ascender, al principio muy suavemente. Yo sabía que los dos akronianos me estaban mirando, esperando un gesto que les hiciese descender en mi busca.

Me volví de espaldas, bajando la cabeza y empezando a andar hacia las ruinas de la ciudad…

* * *

—No vuelve, Yan.

—Vendrá enseguida. ¿Qué te parece ese hombre?

—Es un poco extraño, pero lo encuentro simpático.

—Tienes razón, Thla. Además, lo que más me ha gustado de él es que piensa como yo de los magos.

—Sí. Es inteligente y hubiese podido suceder a Thzú…

—Nadie sucederá a ese brujo, Thla… Ya has oído al hombre: la magia es mentira. Yo ya lo sabía, pero me ha agradado que él lo dijese.

—¿Lo vamos a llevar con nosotros?

—Sí. Nos será de mucha utilidad y podrá enseñarnos muchísimas cosas.

—Tienes razón.

Yan se volvió, viendo llegar al desconocido.

—Allí viene.

Sonriendo, el hombre se acercó a ellos pausadamente.

A Thla, más observadora que su compañero, no le pasó por alto el infinito cansancio que pesaba sobre aquel hombre, que parecía haber envejecido de pronto.

—¿Habéis encontrado muchas cosas? —inquirió.

Yan lo llevó al lugar que habían elegido para guardar sus tesoros y Law Space sonrió al ver el heteróclito montón que habían hecho. Pero lo que más le satisfizo fue el ver que los libros abundaban más que cualquier otra cosa.

Les ayudó a recoger muchas cosas. Y, al llegar la noche, después de haber hecho una selección, regresaron los tres hacia la tribu.

Pronto se corrió la voz de que habían estado en el «Pueblo Maldito» y que habían traído a un extranjero que poseía poderes tremendos.

Intrigado, Thzú trabajo intensamente en su choza, saliendo después, cargado y dirigiéndose directamente a la choza de la familia de Thla, donde toda la tribu se había reunido.

Thzú temía que el recién llegado le quitase su puesto de mago y había preparado una «sorpresa» con la que estaba seguro que haría huir a aquel intruso.

Rumores desaprobatorios se levantaron de la multitud allí congregada al verle aparecer; pero, sujetos aún al temor supersticioso, le dejaron paso, hasta permitirle entrar en el centro del círculo, donde el hombre del espacio y Yan estaban departiendo juntos.

El joven levantó la mirada hacia su padre, desafiándolo. Su mano derecha buscó mecánicamente el arco.

—¿Qué quieres? —inquirió con voz tonante.

—Vengo a limpiar esta choza de los malos espíritus que has traído —dijo Thzú, mirando a Law—. Los haré huir ahora mismo. Y por esta vez no querré regalo alguno.

Law Space entornó los ojos.

Le parecía imposible estar asistiendo a una escena como aquélla, pero veía todo lo que la humanidad había soportado por culpa de magos y brujos, que la sumieron en el temor en los primeros tiempos.

Yan levantó el arco.

Reteniéndole por el brazo, Law le dijo dulcemente:

—Déjalo, Yan.

—¿Ves como tiene miedo? —aulló el brujo.

Y desempaquetó el envoltorio que traía, echando un polvo negro a los pies de Law.

Éste se dio cuenta de que aquello era pólvora.

—¡Voy a hacer que arda la tierra a sus pies!

Space no estaba dispuesto a que le quemasen impunemente. Justamente, en aquel momento, sintió el peso de la linterna que había recogido en la ciudad, al dejar a los akronianos, y que era de un tipo atómico, de duración indefinida.

Había comprobado que funcionaba y la guardó para enseñársela a sus amigos.

El brujo se agachó, para coger fuego de la hoguera. Entonces, antes de que lo hiciese, Law gritó:

—¡Mira!

Le enfocó a los ojos con la poderosa linterna.

El otro lanzó un aullido de espanto, echando a correr a toda velocidad. Entonces Law, después de enfocarse, hizo pasar el objeto a las manos de los presentes, demostrándoles que no era pernicioso y enseñándoles su funcionamiento.

Momentos después, tras explicar también, de una manera rudimentaria, lo que era la pólvora la hizo arder, acercando a ella un leño encendido.

Y, en aquel momento, sintió como si la primera ceremonia se celebrase, en honor de una humanidad que deseaba ardientemente encontrar el verdadero camino.

Epílogo

«Querido Law Space:

»He dejado, sin que tú te dieses cuenta, estas ideas en tu mente de forma de que puedas cerrar el libro que, sin duda alguna, escribirás algún día.

»Ya sé que tendrás que perdonarnos, pero parece ser que no nos quedamos demasiado satisfechos de la manera en que nos despediste. Tú habías olvidado nuestros poderes telepáticos y eso no te permitió imaginarte que estábamos leyendo la tristeza de tu mente.

»Y comprendimos.

»Sí, amigo Space: comprendimos todo el daño que os habíamos hecho. Y, al mismo tiempo, comprendimos también la ignorancia nuestra, cosa que, francamente, nos costó considerar.

»Durante unos segundos, mientras nos alejábamos de la superficie de la Tierra, creímos que ibas a arrepentirte y a hacernos un gesto para que te llevásemos nuevamente con nosotros.

»No estamos seguros, ahora, de que hayas sido todo lo feliz que nosotros deseábamos durante tu estancia en Akronia.

»¡Sois tan difíciles de contentar los terrícolas, amigo!

»Comentándolo con Ok-etas, hemos llegado a la conclusión de que nada puede

complaceros. Los ensayos que hicimos durante nuestra estancia en la Tierra nos demostraron que está aún muy anclado el egoísmo en vuestros corazones y que tardaréis milenios en desposeeros de ese mal atroz.

»Y no es que, en el fondo, no tengáis algo de aprovechable; pero… ¡está tan profundamente oculto!

»Lo que os echamos en cara es esa estúpida manía de complicaros la existencia, de crear problemas, necesidades, dificultades, angustias, complejos, situaciones y circunstancias tremendistas… ¿Qué sabéis vosotros de los verdaderos problemas?

»Apenas abrís los ojos y ya estáis preparados para la muerte. Es raro que vuestro planeta describa cien órbitas alrededor de vuestro sol sin que hayáis dejado de existir…

»¡Cien años! Los akronianos de esa edad están aún junto a sus madres, empezando solamente a pensar, sin atreverse a más, manejando unas cuantas ideas elementales…

»¡Y vosotros os encaráis con el misterio de la vida, el del cosmos y el de vuestra propia existencia!

»No, no me extraña que a la vuelta de unos pocos siglos seáis capaces de salir al espacio… ¡con la idea de conquistarlo!

»Pero, tened cuidado. Fuera de esa burbuja a la que vosotros llamáis Tierra, la naturaleza esconde secretos tremendos, existencias mucho más completas que las vuestras. Y ni vuestra ambición, ni vuestra osadía os servirán de nada para enfrentaros con ella.

»¡Cuidado, terrícolas!

»En lo que respecta a nosotros, amigo Space, nos hemos permitido una última ayuda, esperando que esta vez no os sea tan fatalmente desaprovechare como la primera.

»Hemos trabajado de lo lindo y reconstruido todas

las ciudades que la guerra destruyó… un poco por nuestra culpa.

»Ahí las tenéis para cuando queráis serviros de ellas. Mi deseo, nuestro deseo, es que la humanidad que las ocupa sea mejor que la que nosotros conocimos.

»Y, nada más, amigo Space… Nosotros regresamos a Akronia, donde meditaremos largamente sobre esta extraordinaria aventura.

»¡Hasta la vista, terrícolas!».

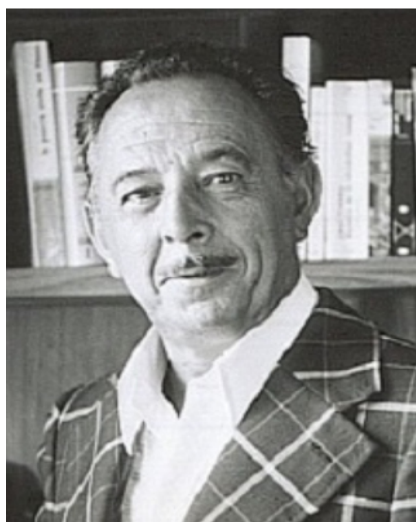






Escena de AMANECER SANGRIENTO.
de Radio Films, S.A.E.

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 5,50 pesos



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1] Es el escritor quien habla. (N. del E.). <<